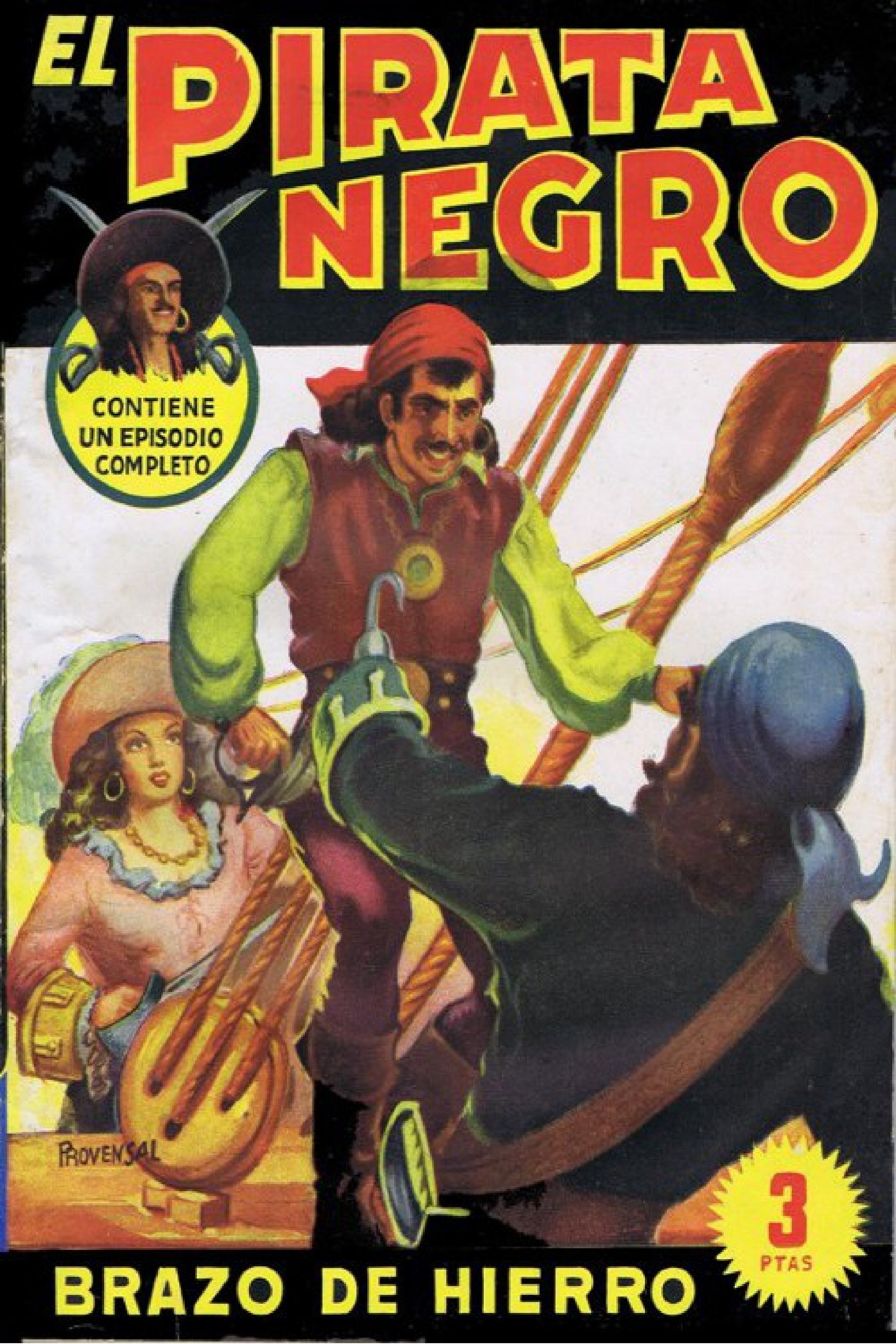
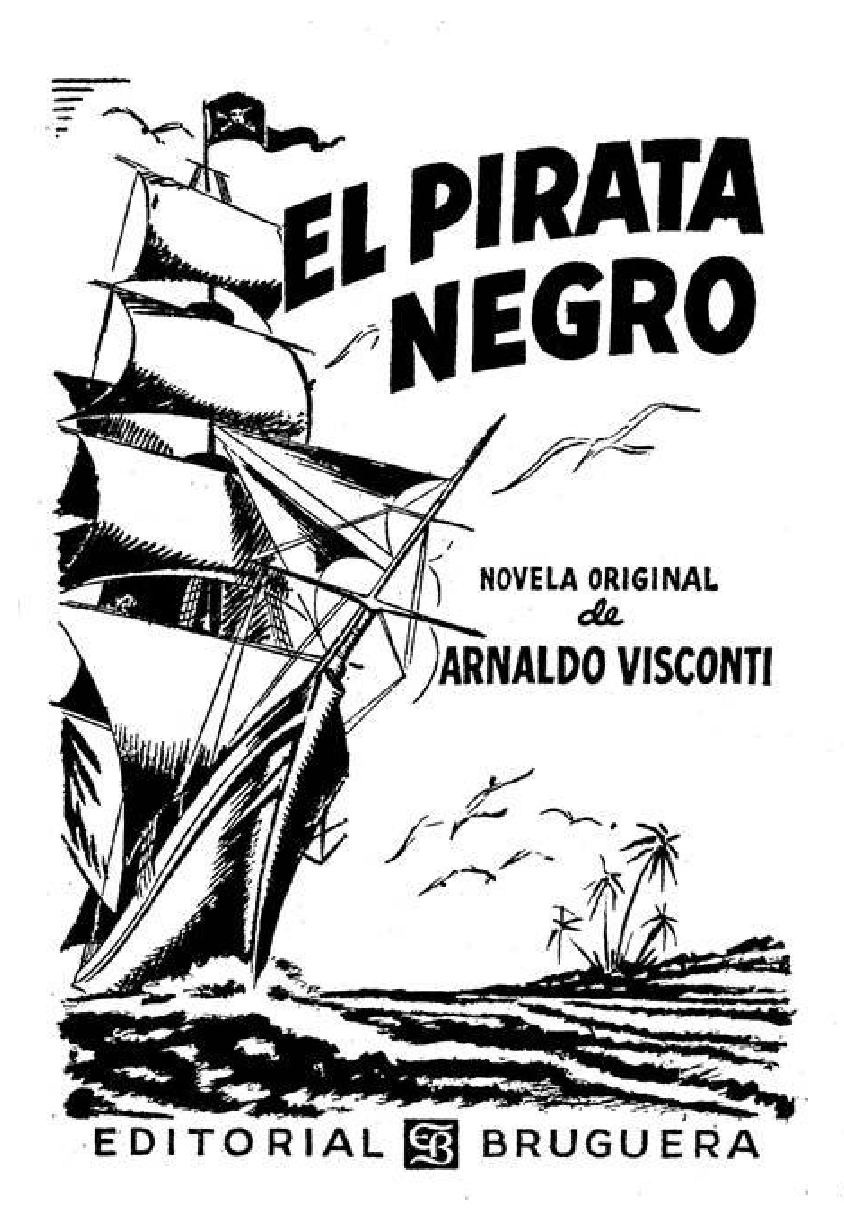

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
BRAZO DE HIERRO



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Brazo de hierro

Colección El Pirata Negro n.° 04

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


Brazo
de hierro

CAPÍTULO PRIMERO

Cayo Santiago

Los cinco mil habitantes del único puerto de la isla fueron sucesivamente y a distintas horas, según su mayor o menor propensión al trasnochamiento, apagando las perfumadas velas que iluminaban sus hogares.

El puerto de Cayo Santiago poseía el feliz apaciguamiento propio de una ciudad de prósperos mercaderes, cuyo vivir metódico se condensaba en la diaria tarea de surtir los barcos españoles y de otras nacionalidades que en ruta hacia la lejana Europa y procedentes de las tierras americanas de la Florida, tocaban brevemente en su artillada y protegida bahía para aprovisionarse y surtir sus calas de mercancías preciadas en Europa y de las que los almacenes de Cayo Santiago rebosaban.

Evitábanse así los buques mercantes el viaje hasta Centro América, siempre peligroso y poco grato a los armadores por el riesgo que para sus naves suponía oí surcar las aguas del Caribe, infestadas de piratas.

Y los galeones españoles de Cayo Santiago eran los que efectuaban la arriesgada travesía hasta Centro América en busca de las codiciadas especias, las jugosas frutas y el oro que más tarde lucía en las ricas telas que los santiagueses tejían en artísticos brocados muy solicitados en las cortes europeas.

Cayo Santiago era una ciudad rica y apacible y si en los cofres de sus habitantes el oro se apilaba, en los rostros de los santiagueses resplandecía una serena tranquilidad porque sabíanse bien defendidos por las cuatro fortalezas que, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales y guarnecidas por aguerridas huestes de infantes españoles, defendían los accesos a la gran bahía de Cayo Santiago.

Y aquella noche, como todas, los santiagueses fueron durmiéndose con el sano reposo que conceden al cuerpo la tranquila conciencia y el honrado trabajo diario.

Sólo moteaban de rojizas luces la dormida ciudad los resplandores de ambulantes antorchas portadas por los soldados que efectuaban sus rondas nocturnas, y las iluminadas almenas de las cuatro fortalezas.

Los infantes españoles velaban el sueño de sus compatriotas. Y Cayo Santiago era la plasmación del más próspero de los puertos antillanos y de la vida feliz... hasta que a favor de la obscura noche lluviosa, tres naves con todas sus luces apagadas avanzaron a lenta marcha hacia Cayo Santiago.

Eran los buques de distinta estructura; en cabeza, y como nave capitana, cortaba la obscuridad reinante un poderoso bergantín fuertemente artillado, en cuya proa claveteadas en relieve brillaban de vez en cuando, al aparecer la luna entre nubarrones, las letras que componían tres palabras: "Brazo de Hierro",

Las otras dos embarcaciones distanciadas entre sí por dos millas y a una de distancia de la nave capitana, eran respectivamente, un velero de ágil línea y una goleta de mayor tonelaje.

La goleta, por sus palos de ancha base, denotaba para un marino experto su construcción en astilleros ingleses y pertenecía, tras una adquisición sangrienta, al pirata inglés Thorn.

El velero tenía en la popa una hornacina tallada en un hueco de la madera y que contenía la cándida imagen santa de la patrona de los bretones: Santa Ana. Y no era por irreligiosidad por lo que los piratas de la "Corsaria Bretona" llevaban a su popa la imagen de la santa. Crueles y sin piedad para sus adversarios, eran, en cambio, profundamente religiosos, con esta mezcla increíble que es característica!del bretón.

Y las tres naves seguían su ruta hacia el puerto más próspero y feliz de las Antillas.

* * *

Una lluvia menuda que había caído sin interrupción durante toda la noche, cesaba en el momento en que el día naciente se anunciaba en el cielo con grisáceas livideces.

Una densa niebla flotaba a ras del suelo y el viento la desplazaba aquí y aculla, creando blanquecinos copos que prontamente volvían

a reunirse cubriendo de algodonosa capa el puerto de Cayo Santiago.

En las calles de la ciudad la incierta luz del amanecer mezclábase a los destellos de las antorchas sostenidas por los soldados, que, terminada su ronda, se dirigían a sus respectivas fortalezas.

La población civil seguía durmiendo, aunque algunas chimeneas empenachadas de espirales de humo denotaban que madrugadoras amas de casa estaban disponiendo lo necesario para el próximo desayuno.

Y de pronto la quietud fué barrida como por el soplo de un huracán, cuando al unísono las campanas de las fortalezas repicaron presurosas. Eran campanas que sólo difundían sus sones de bronce cuando un serio peligro amenazaba el puerto de Cayo Santiago.

Y los habitantes de Cayo Santiago no tuvieron necesidad al despertarse bruscamente, de preguntar cuál era el motivo de la alarma. Retumbaban ya los sordos cañonazos con que la Ilota corsaria atacaba las fortalezas de Cayo Santiago.

Las baterías españolas abrieron un nutrido fuego, pero sus descargas sufrían de una patente inferioridad al tener que contrarrestar las andanadas disparadas por una baterías movibles que no constituían un blanco fijo, como lo eran las rígidas moles roquizas cuya exacta situación había sido premeditadamente elegida como punto de mira por las naves piritas.

Pelotones de soldados saliendo por las poternas de las cuatro fortalezas dirigíanse corriendo a paso de carga hacia los atrincheramientos que defendían el acceso a los muelles.

Los artilleros piratas continuaban martilleando tenazmente mientras sus cañonazos esparcidos abundantemente sembraban las calles de heridos y cadáveres.

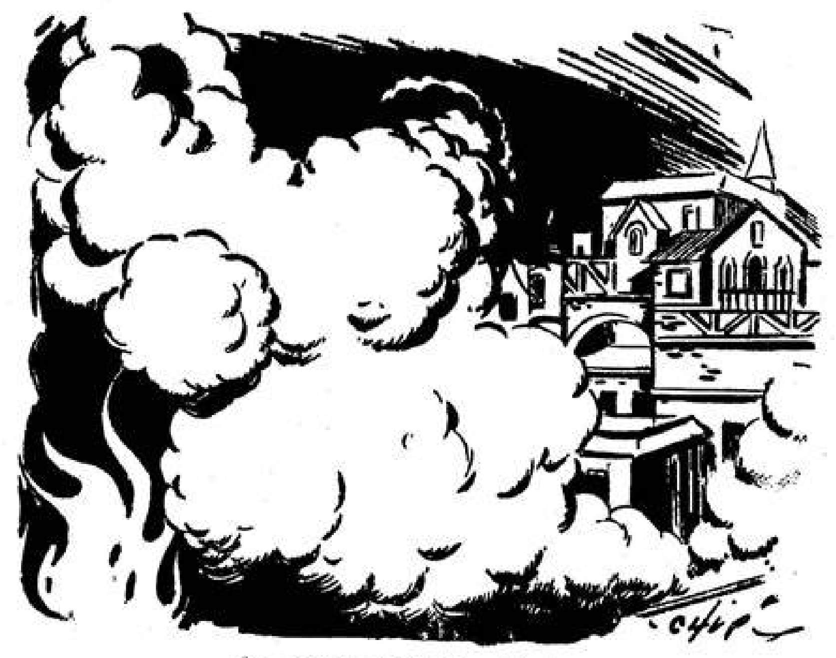
Un centenar de lanchas rebosantes de piratas armados hasta los dientes iba llegando a la orilla. Los arcabuces de los infantes españoles abrían brechas en las compactas filas piratas, pero los que caían eran prontamente substituidos por otros tantos que avanzaban con feroces gritos y enardecidos por la codicia de una próxima, rapiña y el olor de la sangre y la pólvora.

Los primeros defensores de los atrincheramientos fueron sintiendo en sus gargantas las mordeduras de los corvos sables de

abordaje... El cuerpo a cuerpo había llegado tan rápidamente, inutilizando la acción de las fortalezas, que cuando por las calles de la ciudad resonaron las guturales y roncas exclamaciones excitadas de los piratas, los pacíficos mercaderes, poco aptos para la lucha, sólo supieron: los más, intentar huir hacia el monte; los menos, arrodillarse temblando.

La resistencia de los primeros grupos de choque opuesta por la guarnición era valerosa y suicida. Pronto los atrincheramientos estuvieron rellenados por cadáveres de infantes españoles confundidos en macabros hacinamientos con acuchillados piratas.

Pero "Brazo de Hierro" había planeado sagazmente y con metódico estudio el asalto a Cayo Santiago. Los santiagueses que se dirigían con toda la velocidad que el miedo infundía a sus piernas, hacia el monte cercano de las alturas, llevando con ellos cuanto de valor poseían y cuyo peso no les dificultase la huida, retrocedieron gritando con el mayor de los pavores al ver descender por las laderas un centenar de piratas que habían desembarcado por el extremo sur de la isla.



...las llamas crepitaron siniestra mente...

Las fortalezas estaban siendo atacadas y aunque durante cierto

tiempo parecieron defenderse sus guarniciones con ventaja tirando desde las almenas y los parapetos, pronto fué visible la desgraciada realidad de que el puerto de Cayo Santiago iba a sucumbir a manos de los piratas.

Estos amontonaban grandes haces de paja, heno y ramajes contra todos los maderos de las fortalezas y prendiéndoles fuego las llamas crepitaron siniestramente lamiendo las paredes roquizas para incendiar cuanto combustible hallaban a su paso.

Lamentos y ayes brotaron pronto de los interiores de las fortalezas. Las débiles poternas se retorcían y las mismas barricadas que los infantes habían acumulado apresuradamente habíanse ahora convertido en murallas de fuego que les impedían la salida. Si intentaban saltar por las ventanas, caían atravesados sobre los puñales piratas que les aguardaban.

Las baterías ya no disparaban, cegados sus servidores por el acre y espeso humo que ascendía del heno, la paja y los ramajes.

Los piratas lanzaban los cables rematados por garfios de hierro que iban aferrándose a cuantos salientes ofrecían las paredes.

Por las calles corrían en todas direcciones los despavoridos santiagueses... Los corvos sables piratas abatíanse incansablemente... En el interior de las casas, mujeres y niños rezaban mientras los soldados españoles inferiores en número a las fuerzas asaltantes iban sucumbiendo heroicamente.

La brutalidad de los piratas supervivientes fué desencadenándose... Cayo Santiago debía quedar arrasada, pero no incendiadas sus casas ni almacenes hasta que hubieran sido llevados a las calas de las tres naves piratas cuantas riquezas atesoraba Cayo Santiago.

El bergantín, la goleta y el velero, eran flotantes embarcaciones ancladas sin tripulación. Sólo pisaban las cubiertas los arriadores de los lanchones y el timonel.

Y en los castilletes de proa respectivos, tres distintos personajes contemplaban con vario semblante el espectáculo de Cayo Santiago, visible ya al fundirse la niebla vencida por el sol.

En la goleta, un rechoncho y achaparrado pirata de presuntuoso chambergo rematado por roja pluma, ostentaba en su rubicundo rostro bestial una sonrisa de satisfecha codicia. Era Lian Thorn, el inglés.

En el grácil, pero sólido castillete del velero bretón, una mujer de altiva belleza, vistiendo verde traje de amazona y chambergo gris, azotaba nerviosamente sus altas botas con una fusta. En el palo mayor del velero aleteaba el pabellón de la “Corsaria Bretona”: un toro cornibajo arrodillándose vencido por una serpiente que enroscaba sus anillos alrededor del poderoso cuerpo de su enemigo.

Y en el bergantín, Curbec, el francés, apodado y más conocido por “Brazo de Hierro”, contemplaba el triunfo de los piratas sin demostrar la menor de las emociones.

Su semblante ascético y de delgados labios, tenía la sempiterna mueca de implacable frialdad que le caracterizaba y sus grises ojos sin calor humano deteníanse de vez en cuando en el pabellón que ondeaba en lo alto del mástil de su bergantín: un esqueleto humano segando con una guadaña de hoja enrojecida.

CAPITULO II

Los tres aliados

En las calles de Cayo Santiago no había ya más transeúntes que los afanosos piratas cargados con heterogéneos botines que transportaban desde las vaciadas casas hasta los lanchones que les aguardaban para conducirles a sus respectivos bordos.

Y el tráfico continuaba aceleradamente y poco a poco los hogares eran vaciados de cuanto de valor poseían.

Las fortalezas eran ya retorcidos amasijos de piedras ennegrecidas y rojas cenizas... En las empedradas calles relucían charcos de sangre fluyendo de degollados santiagueses de ambos sexos...

Héctor Curbec, Lian Thorn y Jacqueline de Brest, los tres jefes piratas, descendieron de la lancha capitana y —en silencio recorrieron el camino que les separaba desde la orilla hasta la más cercana taberna.

Héctor Curbec hizo resbalar con la puntera de su bota el cadáver del tabernero que había caído, alcanzado por un pistoletazo sobre el banco próximo a la puerta, en el cual ahora sentábase Héctor Curbec, "Brazo de Hierro". Al otro lado de la mesa y frente a él, sentáronse Jacqueline de Brest y Lian Thorn.

—Pronto terminarán nuestros hombres la labor—dijo Curbec, cuya voz era un contraste con su atlético cuerpo. Secretamente "Brazo de Hierro" sufría una íntima humillación al oír el timbre agudo de su propia voz—. Todo ha sido verificado tal como planeé. En el galeón español abordado al sur de la isla por sorpresa, encerraremos a los pocos cautivos cuyas vidas mandé respetar a los veinte hombres de mi nave que seleccioné a estos efectos.

Curbec, el ex lacayo de aristócratas franceses, que a los veinte

años habíase convertido en simple pirata para ser, quince años después, el más temido de los piratas franceses y dueño del bergantín más poderoso entre sus semejantes, hizo una pausa.

—Hemos sido tres aliados en esta acción. Yo he contribuido al buen resultado de ella con mi bergantín y cuatrocientos hombres. Yo fui quien maduré el menor detalle del ataque. Al zarpar de Las Tortugas, donde circunstancialmente nos unimos para el asalto a Cayo Santiago, quedó bien establecido que del conjunto del botín se harían cuatro partes. Dos para mí, y una de las restantes para cada uno de vosotros. Cuando mi segundo venga a anunciarme que nada queda de valor en la ciudad, daré la orden de incendiarla.

Y como si ya hubiese hablado suficientemente, Héctor Curbec reclinóse contra el tabique, manteniendo siempre bajo la mesa sus dos brazos.

—No pensamos discutir lo que ya antes aceptamos—habló Jacqueline de Brest—. Pero tengo que proponer un arreglo para evitar que de aliados nos convirtiéramos en enemigos más tarde.

Héctor Curbec miró con desdén a la que acababa de tomar la palabra. Inmediatamente posó sus grises ojos inhumanos en el rostro colorado y bestial de Lian Thorn, el pirata inglés.

—Esa mujer habla en plural—dijo Curbec, que era considerado por sus hombres como “hombre de letras”—. ¿Tiene para ello tu autorización, inglés?

—Nos aliamos porque ella tiene ciento cincuenta hombres y yo doscientos—dijo roncamente Lian Thorn, cuyo francés era bastante perfecto»—. Y tú posees cuatrocientos. Ella habla por mí, porque yo no tengo astucia suficiente para conversar contigo.. “Brazo de Hierro”.

—No hay que emplear ninguna astucia entre nosotros tres que somos aliados—dijo Curbec—. Ha quedado bien claro que yo me llevaré dos partes contra vuestras dos.

—Y no pensamos discutirte este derecho —afirmó Jacqueline de Brest—. Pero antes de que Cayo Santiago sea incendiado, pongámonos de acuerdo sobre la evaluación del botín, para proceder a una partición equitativa. Tú, Curbec, tienes costumbre, en semejante caso de atribuirte para ti y tus hombres la parte del león.

Héctor Curbec apretó los labios, que formaron en su pálido

rostro una estrecha línea rojiza. Y sacó de debajo de la mesa sus dos brazos, apoyando sobré ella las dos manos. El brazo izquierdo estaba cortado a raíz del codo y en el muñón de madera que substituía al antebrazo destrozado por un cañonazo, la mano era un garfio de hierro empotrado en la madera. Era aquella el arma que más empleaba “Brazo de Hierro”.

Jacqueline de Brest, la corsaria bretona, aplicó sus manos enguantadas sobre la ancha faja que rodeaba su estrecho talle. Como por descuido, la diestra estaba junto a la culata de la pistola que sobresalía de su faja.

—No temo decirte las verdades, Curbec, porque, si es cierto cuánto de ti cuentan, eres capaz de los mayores actos de salvajismo, pese a tu aparente frialdad y corrección, pero en cambio juegas siempre limpio en tus tratos—dijo con diplomática astucia—. Por eso no ha de molestarte si yo sugiero que se haga un balance minucioso de las riquezas conquistadas.

—Esa era mi intención sin necesidad de que tu hablases, mujer —dijo despreciativamente Héctor Curbec.

Jacqueline de Brest sabía ya que no era a ella únicamente a quien estaba destinada la mueca de desprecio de “Brazo de Hierro”. Aquella mueca de frío desdén alentaba siempre en el rostro del francés.

—En ese caso habrás también pensado, como yo, en la forma de evitar la menor querella entre nuestros hombres—siguió diciendo Jacqueline de Brest—. Thorn está de acuerdo conmigo, porque sabe que lo que voy a proponer es exactamente lo que tú piensas hacer.

—Habla ya sin tantos rodeos—pronunció agudamente Héctor Curbec, que si bien no percibía la íntima burla que en las palabras de la bretona había, era poco amante de que ante él tomasen otros la palabra.

—Proponemos Thorn y yo que, para hacer un reparto equitativo, se reúnan todos tus hombres y los nuestros. Ayudados por nuestros segundos, les registraremos las ropas y los cofres. Yo registraré a los tuyos, tú a los míos y Thorn presenciará nuestro registro en conjunto de los suyos. Así no podrás pensar que él y yo fingimos ignorar que alguno de nuestros hombres oculta en sus ropas o cofres joyas que desea hurtar al reparto general.

—Pensaba hacerlo así—dijo con sequedad el francés.

—No lo dudábamos—continuó ella. —También les descargaremos los arcabuces porque es en ellos una estratagema corriente el esconder bajo las cargas las piedras preciosas y las perlas. Para no cargarnos más que con valores fáciles de cambiar, calcinaremos las telas y encajes a fin de sacar de sus bordados el oro y la plata que las sobrecargan. Las vajillas de metales preciosos se romperán para que ocupen menos sitio y puedan ser convertidas en lingotes.

Lian Thorn escuchaba atentamente, asiéndose con la diestra el pabellón de la oreja. Aquella mujer había pensado en todo, y adivinaba por el gesto avinagrado y más desdeñoso que nunca de “Brazo de Hierro” que al pirata francés no les resultaban muy de su agrado las prevenciones que Jacqueline de Brest iba exponiendo.

—Tienes cerebro de mercader, mujer—dijo Curbec—. Pero admito esas convenciones porque serán iguales para los tres. ¿Qué más?

—El todo, en espera de la evaluación, a la que deberán agregarse los rescates de los cautivos cuyas familias te cerciores de que son ricas y residen en Nuevo Méjico, será encerrado en la bodega del propio galeón español en que están presos. Y en este galeón colocaremos por tripulación cincuenta hombres tuyos y cincuenta nuestros. Zarparemos rumbo a nuestra rada de Las Tortugas de la que partiremos, escoltando al galeón con su botín, y así quedará allí asegurada la equidad del reparto. No dudo, Curbec, que tú habías pensado en hacerlo tal como yo he dicho.

—Así se hará. Y calla, mujer, porque te he oído bastante. Ahora, soy yo el que dará la orden de incendiar Cayo Santiago.

—Pero antes hay que dar descanso, a los hombres — intervino Thorn—. Han guerreado como leones y durante la mayor parte del día transportarán los fardos. Han de descansar y zarparemos al amanecer después de incendiar el puerto.

—Tus hombres serán bestias como tú que necesitan abrevarse hasta la embriaguez — masculló sordamente Curbec.

—Nuestra costumbre es esa y es también la de tus hombres y la de los de ella—rebatió Thorn encendido el rostro en cólera—. Si tú sólo bebes agua infecta, no puedes obligar a los demás a que te imiten.

—Nunca pensó Curbec en eso—intervino la corsaria bretona—.

Él sabe que todos ellos necesitan esta noche descansar. Y ni él ni yo pensamos oponernos, ¿no es cierto, Curbec?

—Tú lo has dicho, mujer. Pero será: en Bahía Hueso donde se embriagarán. No estoy dispuesto a correr el riesgo de que en plena orgía arribe al puerto algún galeón español y perdamos más hombres en un combate que podemos evitar. A media tarde, la labor estará terminada y zarparemos rumbo a Las Tortugas, y en Bahía Hueso allá ellos y vosotros con cuanto lastre queráis hinchar los estómagos.

—He dicho que descansarán aquí y así ha de ser—rezongó Thorn, poniéndose en pie y llevando la diestra a la guarda de su espada.

Héctor Curbec no se movió, limitándose a retirar sus pies de sobre el cuerpo yacente del tabernero, tendido bajo la mesa.

—No pienses pelear conmigo, Thorn —advirtió agudamente Curbec—. Ninguno de los que han desenvainado contra mí ha vuelto a envainar, porque ninguna de todos vosotros puede igualarse conmigo.

—¿Te crees, acaso, el rey de los piratas?—preguntó Thorn; y, blasfemando, flameó al aire su espada—. Tu voto pesa tanto como el mío y mi voz es más de hombre que tu cacareo de gallito.

Héctor Curbec se puso en pie y, asiendo la mesa con sus dos brazos, la impulsó fuertemente, lanzándola contra el pirata inglés, que saltó de costado, blandiendo su espada en rota estocada hacia el pecho de “Brazo de Hierro”.

El francés, sin desenvainar, adelantó el brazo izquierdo y su garfio rodeó la hoja de acero. Dió una sacudida y quebróse la espada, quedando sólo en manos de Thorn la empuñadura y unos centímetros de acero.

El inglés sacó de su cinto una pistola y amartilló...

Toda la escena habíase desarrollado velozmente, y Jacqueline de Brest pudo sólo intervenir cuando vió la pistola que Thorn empuñaba. Azotó con su fusta el cañón de la pistola levantándola a lo alto, y el disparo partió para perderse en el techo.

Y la corsaria bretona quedó en pie entre los dos hombres.

—Olvidasteis que el trato fué jurado entre los tres. Y eran nuestros votos o dos ¡de ellos los que decidían lo qué debía hacerse. Has faltado a tu palabra, Thorn, al querer imponer por la fuerza tu

decisión. Yo voto por lo que Curbec ha propuesto, y esta tarde zarparemos hacia Bahía Hueso.

El francés volvió a sentarse mirando con leve curiosidad a la mujer que había desviado el arma que podía haberle herido. Pese a su mutilación, “Brazo de Hierro”, ascético y misógino, estaba íntimamente convencido de que su aspecto era atractivo.

Y era hecho conocido entre los piratas que la francesa a ninguno había distinguido con sus amores. Héctor Curbec olvidó a su reciente desafiador, para contemplar el bello rostro altivo de Jacqueline de Brest. Meditó que sería una codiciable hazaña el humillar a aquella mujer, y que aumentaría la fama de que él gozaba en el Caribe si se rompía el renombre de inconquistable de la francesa, y los piratas podían narrar por todos los puertos antillanos que Héctor Curbec. “Brazo de Hierro”, había sido el primer hombre que Jacqueline de Brest amó… sin ser correspondida.

Lian Thorn escuchó pacientemente los reproches de la corsaria bretona y al fin encogióse de hombros.

—Como queráis. Zarparemos a media tarde.

Olvidad esa pelea y daos la mano.

Lian Thorn, influenciado por la seducción que emanaba del menor de los gestos de la francesa, tendió, aunque a regañadiente, la mano.

Héctor Curbec miró desdeñosamente la sucia mano rojiza del inglés y fríamente adelantó su garfio… pero no lo ofreció para pactar una reanudación de aquella fortuita alianza.

El remate agudizado del garfio arañó hondamente el dorso de la mano del inglés, y mientras Thorn lanzaba una imprecación de cólera y dolor, Héctor Curbec apuntó hacia él con la pistola que rápidamente acababa de extraer de su faja.

—Cada vez que mires la cicatriz de tu mano, inglés, acuérdate de que tuviste la suerte de que yo, Héctor Curbec, no te matase. Y ahora, regresa a tu barco, porque está demasiado reciente tu insulto y acaso no pudiera contenerme…

Lian Thorn miró unos instantes el rostro impasible y la inhumana claridad implacable de los grises ojos del francés. Aplicóse la mano herida contra los labios y retrocediendo ganó la puerta, abandonando la taberna.

—Puedes irte con él, mujer—ordenó Curbec—. Y aconséjale que no me hable mientras yo no le dirija la palabra. No quiero oír su voz ronca y aguardentosa.

Jacqueline de Brest salió sin el menor comentario. Y “Brazo de Hierro” secó su garfio sangriento sobro la camisa del tabernero.

* * *

Enormes haces de leña y paja estaban distribuidos a todo lo largo de las calles de Cuyo Santiago, a las seis de la tarde.

Las tripulaciones piratas se hallaban a bordo de sus respectivos barcos.

Sólo una docena de piratas fueron corriendo entre los haces aplicando a ellos la llama de sus antorchas.

Lentamente, Cayo Santiago fué punteándose de rojo a medida que la flota corsaria alejábase de la bahía.

Y encontrábanse ya las naves a veinte millas de la ciudad española, cuando en la noche resplandeció la roja llamarada que señalaba el lugar donde al amanecer Cayo Santiago fué un puerto próspero y feliz.

A Igual distancia de las tres naves y escoltado por ellas, un galeón español, tripulado por una guarnición colectiva compuesta de hombres de los tres jefes piratas, avanzaba rumbo a Bahía Hueso, llevando en sus calas un fabuloso tesoro y diecinueve prisioneros españoles.

En la línea del horizonte seguía ardiendo Cayo Santiago.

CAPITULO III

El asombro de un tabernero, la sorpresa de un pirata y la estupefacción de diecinueve españoles

El voraz incendio amenguó al amanecer... Pero Cayo Santiago quedaba convertido en un brasero de cenizas y los árboles del monte seguían ardiendo cuando un velero de esbelta línea y veloz desplazamiento navegaba a toda vela hacia la rada.

Medio centenar de hombres estaban distribuidos sobre su cubierta y percibíase que se aprestaban al combato que presentían cercano.

Los piratas apostados tras las bordas empuñaban corvos sables de abordaje los unos, mientras otros asían recios mangos de pesadas hachas de dos filos.

Otros, encaramados a lo alto de las escaleras de cuerda, rodeaban sus muñecas con los extremos de largos cables terminados en garfios de abordaje, con los que aferrarían expertamente las bordas enemigas.

A los cuatro costados del buque y tras sus piezas, los artilleros, con las mechas encendidas aguardaban la orden de fuego, tras haber oído la voz de: "¡Zafarrancho de combate!" que su jefe, Carlos Lezama, el Pirata Negro, había gritado al percibirse en el horizonte el resplandor del incendio que asolaba la que hasta entonces había sido la rica plaza mercante de Cayo Santiago.

En el castillete de proa, Carlos Lezama dirigía hacia la entrada de la gran bahía cercana el lente de su largavistas. Esperaba avistar los tres buques piratas que se habían aliado para saquear Cayo Santiago y conocedor de ¡las costumbres corsarias, pensaba aprovechan el desconcierto reinante atacando por sorpresa a los que suponía entregados a las más desenfrenadas orgías.

Cuando el “Aquilón”” bandeaba de costado dando vista a la gran bahía desde su entrada, pudo su capitán, percibir la desierta rada.

Abatió el largavistas y haciéndose portavoz con sus dos manos abiertas, exclamó:

—¡Reposo, mis valientes! ¡No hay enemigo!

El Pirata Negro saltó a cubierta en prodigioso salto felino que denotaba la elasticidad portentosa de sus acerados músculos, y acercóse al timonel mientras sus hombres iban abandonando sus tensas posturas de combatientes.

Tichli, el hercúleo negro cubano sordomudo, exhibió sus grandes dientes amarillentos al ver frente a él a Carlos Lezama, que le señalaba con el brazo extendido rectamente, la bahía. Enmendó el giro de la rueda y la proa del “Aquilón” cortó las tranquillas aguas de la rada protegida.

—Tarde llegamos, Tichli — dijo el Pirata Negro, que cuando hablaba con destino a los sordos tímpanos del negro, pensaba en voz alta, sabedor de que no hallaría respuesta y no era oído—. Volvió de nuevo “ella” a escaparse de mi persecución... Estoy seguro de que tú verías en ese nuevo percance desafortunado una sabia advertencia del destino. ¿No oyes la voz del destino, Tichli? Susurra paternalmente: “Sigue tu camino, Pirata Negro. Olvídala a “ella”. Sólo sinsabores te esperan si persistes en correr tras Jacqueline”. Eso me dice el destino; pero “el corazón tiene razones que la razón no puede razonar” ha dicho un sagaz entendedor de esa desazón llamada mal de amores. Continúas riendo estúpidamente, negrazo, porque eres insensible al sinsabor tan sabroso de la mordedura de una pasión,

Carlos Lezama cruzó los brazos sobre el hercúleo pecho y gritó:

—¡Preparen ancla! ¡Lancha capitana arriada!

El “Aquilón” inmovilizose anclado en la bahía desierta. La lancha capitana descendió hasta posarse sobre las aguas donde a trechos flotaban cadáveres boca arriba.

“Cien Chirlos", el segundo del Pirata. Negro, remó hacia la playa. Su jefe, sentado a popa, señaló los flotantes cadáveres por entre los que abríase paso la lancha capitana.

—Miran al cielo, “Cien Chirlos”. Eran españoles pacíficos y honrados. Ahora, con su macabra postura, claman venganza al cielo.

“Cien Chirlos” siguió remando en silencio. No comprendía las más de las veces lo que quería decir el hombre que para él era el compendio de todas las cualidades que hubiera deseado poseer: arrogancia, varonil belleza y parla fácil. Limitóse a sonreír con una mueca de fidelidad perruna, pero de pronto se entristeció desapareciendo las arrugas que los múltiples costurones y cicatrices creaban en su rostro al sonreír. Comprendía que no era aquella la expresión que debía tomar cuando “él” hablaba de cielo y venganzas.

El Pirata Negro puso pie a tierra examinando desde la orilla el incendio que iba propagándose desde el monte al resto de la isla.

—Pronto vendrán fuerzas españolas, “Cien Chirlos”. Recorreré por unos instantes las calles de lo que era una ciudad. Dudo que hallemos a ningún superviviente, pero es tal mi deseo de oír hablar de “ella” que por eso hemos venido aquí, aunque desde a bordo se adivinaba que ningún santiagués quedó con vida, a no ser los de la balsa que hallamos por nuestra ruta.

De toda la ciudad, sólo quedaba en pie un caserón cercano al muelle que debió el no ser pasto de las llamas a la cintura de agua que rodeaba su base edificada sobre columnas de madera.

En el dintel se balanceaba un cartelón de hierro y perforado en el metal se leía:

«TABERNA DE COSME”

Entró Lezama en el interior de la taberna seguido de “Cien Chirlos”, que llevaba bajo el brazo el tonelete de ron que el Pirata Negro había hecho cargar a bordo de la lancha capitana.

Las mesas parecían aguardar clientes que nunca volverían a sentarse en aquellos bancos. Sólo una aparecía derribada, y cerca de ella una hoja de acero sin empuñadura demostraba que había sido rota.

En el suelo, tendido de bruces, con la mejilla contra la madera del entarimado, yacía un hombre sin movimiento. Vestía el mandil de cuero de los taberneros y sus mangas estaban arrolladas hacia el codo.

—Cosido a puñaladas—comentó Lezama—. Sería el llamado Cosme, según reza, el letrero de la entrada.

Cosme, el tabernero, agonizaba lentamente y desde que estalló el incendio había procurado moverse, pero su cuerpo, horadado por

varias puñaladas, no obedecía a su voluntad. Y agonizaba sin esperanzas.

Cuando al amanecer oyó pasos acercarse, cerró los párpados. Y al ver entrar a los dos piratas no abrió la boca en demanda de socorro. No podía dar señales de vida si no quería perderla definitivamente a manos de los corsarios recién llegados.

Examinó por entre sus párpados semicerrados al que hablaba y pronunciaba su nombre. El pañuelo rojo que cubría la crespa cabellera rebelde, el arete de oro en la oreja izquierda, el tórax desnudo, de potentes y elásticos músculos, la estrecha cintura de la que pendía un sable de abordaje, y el ceñido pantalón negro hundiéndose en altas botas mosqueteras de media vuelta, denotaban bien a las claras que el atezado y joven visitante de Cayo Santiago era un pirata más. Por eso Cosme, el tabernero, supuso llegada su última hora cuando oyó que el pirata del negro pantalón exclamaba:

—¡Voto a sanes, perillán! Cosme te llamas y finges bien ser un pacífico muerto. Abre ya del todo tus ojos y mírame a placer. Pirata soy, pero ningún daño temas de mí. Dale ron, “Cien Chirlos”. Que vacíe la barrica si es preciso, pero merece vivir por haber sabido aguardarme.

Y Cosme, el tabernero, quedó sumido en el más profundo de los asombros porque no sólo sentía que entre sus dientes, abiertos por el puñal que mantenía un horroroso pirata, destilaba el agradable sabor de un ron de Jamaica, sino que con diestros ademanes el otro pirata que le había hablado taponaba sus heridas después de verter sobre ellas chorros de ron.

El licor infundió un grato calor en las mejillas del agonizante tabernero, cuyos ojos abriéronse del todo.

Asiéndole por debajo de los sobacos, Carlos Lezama levantó al tabernero y en brazos, sin el menor esfuerzo, lo llevó hasta el exterior, depositándolo sentado contra el tabique junto a la puerta.

—Respira a fondo, Cosme. El aire salino hace milagros y creo que tu vida no huirá por los boquetes de tu pecho. Seguirás aún sirviendo vino cristiano y bien bautizado a los clientes que se dejen engañar en otra taberna que montes en otra isla española. No me sigas mirando con temor. ¿Crees acaso, perillán, qué iba a desperdiciar mi ron para luego rematarte? Soy el Pirata Negro y

procura recodar si este nombre nada te dice. Vete a bordo, “Cien Chirlos” y regresa con un barril de aguardiente, tasajo en abundancia y galleta seca.

El lugarteniente del Pirata Negro alejóse hacia la cercana playa. Carlos Lezama colocó su mano bajo la barbilla del tabernero y sin brusquedad, suavemente, le mantuvo el rostro en alto.

—Mírame bien y verás que en mi rostro no alienta ningún designio malvado contra ti. A cincuenta millas de este islote, hallé una balsa con santiagueses que huían del saqueo de los piratas. Me dijeron que eran tres naves las que había atacado Cayo Santiago. Una la de “Brazo de Hierro", otra la de Thorn... y otra la de una corsaria bretona. A ella es a la que busco. Y tu tendrás vida salva, y pronto atracará un barco español en estas aguas. Tus heridas pueden curarse, si al alcance de tu mano y aquí al aire libre dispones de comida y refresco, Sólo de ti pido que me cuentes cuanto se refiere a ella. A la corsaria bretona.

—Tú... eres el Pirata Negro...—balbució penosamente Cosme—. Y... dicen... ahora he recordado... que eres noble y...

—Ahorra tu saliva, tabernero. No es de mí de quien quiero oírte hablar, sino de ella... Dime, ¿la viste?

El tabernero fué narrando entrecortadamente toda la conversación que había oído cuando se hablaba bajo la mesa y con los pies de Héctor Curbec sobre su pecho. Manifestó cómo al entrar los tres jefes corsarios, había contenido la respiración y, empujado por la bota de “Brazo de Hierro”, había caído al suelo con todo el aspecto de un cadáver.

Terminaba su narración, cuando “Cien Chirlos” depositó junto a él un barril y un montón de galleta mezclada con amojamado tasajo.

—Adiós, tabernero Cosme. Remoja bien el tasajo y la galleta... y mejor suerte en el futuro.

Carlos Lezama alejóse a paso veloz seguido por su segundo. En el bote, mientras “Cien Chirlos” remaba, condensó sus ideas.

—Cosme ha sabido ganarse el yantar que le trajiste, cara fea. En Bahía Hueso hay el botín más maravilloso que nunca hayas podido soñar. Pero ellos son muchos. No podremos, pues, atacarlos de frente. Mientras el “Aquilón” boga hacia Bahía Hueso pensaré el mejor medio de poder llegar en pie ante “ella”... y vosotros, ante el

tesoro que defienden “Brazo de Hierro” y el inglés Thorn.

La lancha atracó junto al costado del “Aquilón”. Fué izada rápidamente y poco después hinchadas las velas, salía la veloz goleta con alegres cabeceos al romper contra su proa las primeras olas de la barra que el mar libre formaba al chocar contra las tranquilas aguas de la ensenada de Cayo Santiago.

Y sentado contra el quicio de su taberna, Cosme continuaba sumido en el mayor de los asombros. Había oído hablar del Pirata Negro, pero siempre atribuyó a leyenda imposible las narraciones que decían que el corsario español era generoso con los débiles.

Y ya no dudaba de ello al tender penosamente su mano hacia el alimento y la barrica que a su costado tenía.



Bahía Hueso era una de las calas mejores de la isla de las Tortugas. Amplia y resguardada del viento por un semicírculo de tierra poblada de pinares, era el permanente refugio del bergantín de “Brazo de Hierro”. Los restantes piratas que ‘frecuentaban la isla respetaban Bahía Hueso, reconociendo tácitamente que su anclaje pertenecía al francés.

Procedentes de Cayo Santiago las tres naves llegaron escoltando al galeón al atardecer del día siguiente.. Los cuatro buques fueron anclados, y sólo quedaron a bordo del galeón los cien piratas de la guarnición colectiva que tenían por misión vigilar el tesoro hasta que al día siguiente se procediera al reparto.

Y Héctor Curbec, cumpliendo su promesa, permitió que todas las tripulaciones se desparramaran por las casuchas donde residían las gentes, que, como en las demás bahías de la isla de las Tortugas, vivían la más penosa de las vidas, atentas sólo a consolarse pensando en el oro que pródigamente repartían los sanguinarios bandidos cada vez que regresaban de alguna fructuosa expedición.

Pronto se desencadenó la orgía y las desaforadas canciones piratas entonadas en varios idiomas por voces que el vino enronquecía, atronaron los ámbitos del hasta entonces silencioso paraje.

Jacqueline de Brest encerróse en su camarote y el sueño no llegaba a concederle su reparador olvido. No eran, las canciones báquicas y groseras las que turbaban su descanso. Veía sin cesar un rostro moreno, de fino bigote sombreando un labio superior, a ratos

burlón y a veces afectuoso... Y cuando, por fin, se durmió, entre sueños su imaginación seguía plasmando la figura del único hombre al que ella había amado. Y en su boca dibujábase un nombre que, como un hondo suspiro, tomó forma al pronunciar inconscientemente:

—Carlos...

Seguían las canciones atronando el espacio y a trechos oíase el choque metálico de dos aceros o algún disparo aislado. El vino encendía la fácil predisposición a la pelea de los piratas...

En su camarote, donde austeramente habíase recluido, Héctor Curbec crispaba los labios y acentuaba su mueca de desdén.

—Vino... Mujeres... —murmuró—, Y de vez en cuando mátanse entre ellos como perros hambrientos...

Con el garfio acercó a él, arrastran— dolo encima de la mesa, un voluminoso libro. Era su Diario de a bordo, donde anotaba meticulosamente las incidencias de cada veinticuatro horas, Su diestra manejó hábilmente la larga pluma y fué garrapateando con escogidas palabras la relación de cuanto había sucedido desde que su bergantín dió frente a las fortalezas de Cayo Santiago.

Terminó tardíamente su labor, y antes de acostarse subió al puente de mando, desde el que contempló por unos instantes la silueta del galeón español inmóvil, y cuyas calas preñadas de riquezas consiguieron que, al pensar en ellas, los delgados labios ascéticos del inhumano pirata ostentaran por una fracción de segundo una leve sonrisa, de la que la codicia era únicamente el motivo.

El sol iluminó la rada, y Héctor Curbec, recién levantado, volvió a asomarse al puente de mando. Cuando dirigió su mirada hacia el lugar donde antes de acostarse flotaba el galeón español, de la boca de “Brazo de Hierro” brotó la más horrible de las imprecaciones.

La sorpresa recibida por el frío pirata francés era tan inmensa, que durante unos instantes perdió su habitual impasibilidad y, pateando rabiosamente sobre cubierta, profirió una sarta de maldiciones.

Tres eran las naves ancladas en la bahía: la goleta de Thorn, el velero de la corsaria bretona y su propio bergantín. Pero del galeón español no había la menor traza... Parecía haberse esfumado en el aire o hundido en el fondo de la ensenada.

Repartiendo recios puntapiés fué despertando Curbec a sus hombres, que dormían profundamente en desmadejadas posturas, tras la agitada noche de embriaguez...

Héctor Curbec encaramóse ágilmente a una escalera de cuerda y su garfio se mostró más activo que su mano hábil mientras subía hasta la cofa. Entró en el redondel que al extremo del palo de mesana era el lugar destinado a los permanentes centinelas de vigía.

El vigía dormía con las piernas apoyadas sobre el reborde del redondel, y un frasco roto bajo su cuerpo esparcía por sus ropas un olor dulzón a aguardiente.

El garfio de Curbec actuó de despertador. Clavóse en el hombro del vigía, que se vió en pie y atenazado como mordido por un diente monstruoso que le laceraba el hombro.

—¿Dónde está el galeón, vigía?— dijo lentamente Curbec.

El vigía dobló las rodillas temblando, pero no pudo arrodillarse porque el garfio lo mantenía reciamente en el aire.

—No... no vi... Dormía...

“Brazo de Hierro” poseía una voz aguda, en contraste con su atlético cuerpo. Pero si su voz fallaba a veces, su bruzo nunca desmentía su proverbial vigor.

El garfio suspendió unos instantes al vigía, que aulló, sabedor de su cercana muerte. La mano diestra de Curbec asió por la garganta al vociferante pirata, y, levantándolo en el aire sobre su cabeza, “Brazo de Hierro” lo lanzó hacia abajo, desde la cofa.

El cuerpo del vigía rebotó contra cubierta con sordo retumbar, quedando instantáneamente muerto. “Brazo de Hierro” llegó a cubierta un minuto después que el hombre al que acababa de matar.

Miró con cruel expresión a los reunidos y atemorizados tripulantes de su bergantín.

—¡Malditos seáis, por bestias! ¡Pollos cuernos de Lucifer, os juro que todos los tormentos serán pocos para...!

Interrumpióse en su letanía de maldiciones al oír lastimeros gemidos procedentes de la cubierta de la goleta inglesa. Acercóse a la borda y contempló la escena que se desarrollaba entre los tripulantes bajo el mando de Lian Thorn.

El inglés azotaba con iracundo vigor a tres piratas que, echados en el suelo alcanzados por los primeros latigazos, recibían sobre sus

espaldas una lluvia de correazos. Pero Lian Thorn se cansó de esgrimir el látigo. Su sable centelleó y por tres voces se abatió hacia el suelo... y con sus propias manos Lian Thorn tiró primero al mar los tres cuerpos que acababa dé decapitar, lanzando después al agua las tres sangrientas cabezas.

Una inusitada actividad pareció despertarse de pronto a bordo de la cubierta del velero bretón. En el castillete de proa, Jacqueline de Brest daba órdenes, y todos los botes arriados fueron a posarse sobre las tranquilas aguas de la bahía.

Las lanchas recién botadas empezaron a surcar en todas direcciones la bahía y sus remeros recogían del agua los flotantes cadáveres que la poblaban.

Instantes después Lian Thorn y Jacqueline de Brest, subían al puente de mando del bergantín de “Brazo de Hierro”. La corsaria bretona permaneció muda, mientras Lian Thorn desgañitábase en horrendas imprecaciones. Héctor Curbec, con los brazos cruzados, ostentaba una lividez cenizosa en su habitual rostro pálido.



...contemplando en la sala capitana el amontonamiento de oro y joyas...

—¡Basta ya, inglés! —gritó, para detener la avalancha verbal de Thorn, cuyo rostro estaba incendiado de rojo por la sangre agolpada

en su tez—. Nada conseguiremos con aullar. Los tres estuvimos reunidos anoche contemplando en la sala capitana el amontonamiento de oro y joyas que componía la parte principal del botín. Y ahora el galeón con nuestro botín ha desaparecido de estas aguas. Te he visto degollar a tres de tus hombres, y no dudo que merecieron la muerte, porque, como mi vigía, se emborracharon, en vez de vigilar. Ahora pregunto: ¿qué hacen tus lanchas saltando como locas por la bahía, mujer?

—Recogen los cuerpos de nuestros hombres, los que estaban de guardia en el galeón, y que ahora flotan todos ellos degollados.

—Carroña que debías haber dejado que se pudriera. No supieron impedir que el galeón...—y Curbec detúvose de pronto—. Haces bien en recogerlos: llevan sortijas.

Pero no era esta la idea que habíase fraguado en la mente del pirata francés. Desconfiaba repentinamente de la corsaria. ¿No había sido ella quien propuso emplear el galeón como manera cierta de asegurar un reparto equitativo, según decía? La bretona tenía fama de astuta...

—Dime, mujer: ¿a qué atribuyes esa desaparición?—preguntó;

—Trato de relacionar ciertos hechos—dijo ella, evasivamente.

—Para mí, está claro—dijo Thorn, blasfemando—. Algunos cautivos españoles, a favor de las tinieblas y aprovechando la borrachera de los que los debían guardar y la orgía que en tierra reinaba, consiguieron apoderarse del galeón y, degollando a la guarnición, se han hecho a la vela hacia puertos españoles. Y ahora nos llevarán una considerable ventaja...

—¡A vuestras naves!—ordenó Curbec—. Zarparemos al instante, eligiendo tres rumbos en abanico..., y daremos caza al galeón, que es barco pesado, cuya navegación alcanzaremos ondeando todas nuestras velas. ¿Qué dices tú a eso, mujer?

—Aguardemos a que sobre tu cubierta estén reunidos todos los degollados que componían la guarnición del galeón español—dijo ella con firme voz.

—¿Quieres perder más tiempo, mujer?—gritó Curbec, cuyas sospechas hacia la corsaria iban en aumento.

—El galeón no puede estar lejos y le daremos alcance, Curbec—dijo ella—. Aguarda, pues, sólo unos instantes.

—¿Qué empeño tienes en que mojen la cubierta carroñas sin

empleo alguno?—rezongó Lian Thorn.

Ella se encogió de hombros, mientras ya los primeros bretones iban subiendo a bordo del bergantín llevando a cuestas cadáveres degollados.

* * *

El “Aquilón” surcaba las aguas con rumbo hacia la costa sudoeste de las Tortugas.. Distaba aún un centenar de millas de la Isla, pero la brisa soplaba a favor y el mar en calma ayudaba la singladura de la afilada proa.

El Pirata Negro hallábase en el puesto del timonel, junto al negro y sordomudo Tichli, cuyas manos asían los remates de la rueda-timón.

—...porque nunca podríamos vencerlos de frente, Tichli—iba diciendo Carlos Lezama—. Se han aliado tres de los mejores barcos del Caribe. Por éso hay que emplear las enseñanzas que nos da el pabellón de la bella corsaria. El toro cornea, agonizante porque pretendió atacar de frente y noblemente a la insidiosa serpiente. No seamos toros esta vez... porque hay serpientes que nos aguardan. La veré, Tichli.., Quizá cuando esté frente a mí la besaré. Será nuestro primero y postrer beso de amor, porque debe morir... Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?, como siempre...

El negro, mirando ante él, ostentaba en el rostro la estereotipada sonrisa ausente del que nada oye.

A la caída de la tarde, cuando el

"Aquilón” llevaba rumbo sudoeste, el vigía cantó la lejana ruta de un barco de pesada estructura y gran tonelaje.

El Pirata Negro subió al castillete de proa y enfocó hacia el punto señalado su largavistas.

—Es un galeón español —murmuró, reconociendo por la línea la nacionalidad del barco.

Abatió el largavistas, sin preocuparse más del galeón, que seguía una ruta opuesta a la suya y que se alejaba sin manifestar intenciones hostiles.

—¡Es extraño! volvió a murmurar. —Un galeón español navegando por esas aguas y dando proa a las Tortugas...

De pronto estalló en una carcajada estruendosa al ver por su anteojo la inconfundible vestimenta inglesa de los tripulantes del galeón español.

—Ingleses piratas a bordo de un galeón español—dijo entre carcajadas. —¿Qué fué lo que me dijiste, buen Cosme? Que para asegurar el reparto del botín, la corsaria, apoyada por el inglés, había propuesto encerrar el fruto del saqueo en el galeón español que... ¡Todas las velas izadas!— gritó de pronto, sorprendiendo a su tripulación—. ¡Vergas y sobrejuanetes!—ordenó, dando con ello al "Aquilón" su máxima velocidad.

Saltó desde el castillete de proa al puesto del timonel, y señaló a Tichli el lejano punto del galeón, tendiendo el brazo rectamente.

—¡Avante allí! ¡Izad pabellón!

El veloz "Aquilón" dirigióse rectamente hacia el Norte con todas sus velas izadas, cambiando el rumbo que hasta entonces había seguido.

Flameó en el aire el pabellón corsario del Pirata Negro: un aguilucho cerniéndose con el pico y las garras hacia abajo.

—¡Zafarrancho de combate, mis valientes! ¡A vuestros puestos!

Volvió Lezama a encaramarse al castillete de proa, y su largavistas fué contando a los tripulantes del galeón, que estaban apiñados contra las bordas, mirando con semblante inquieto al velero que hacia ellos navegaba velozmente.

—¡Son piratas ingleses, y en conjunto sólo suman veinticinco!— gritó el Pirula Negro—. ¡Fácil bocado, mis valientes!

Los tripulantes del galeón habíanse ya dado cuenta de las intenciones del esbelto velero artillado, al ver flamear en el aire el pabellón temido por todos los corsarios.

No cabía esperar salvación en la huida, ya que, además del tonelaje de la estructura, el peso de las calas hacía lentísima su marcha y estorbaba sus maniobras.

Y no poseyendo protectora coronada, su mosquetería quedaba indefensa ante los cañones que asomaban por las bordas del velero, que se agigantaba, acercándose a toda vela.

"Cien Chirlos", al timón, substituyó al sordomudo, cuando sólo tres millas distaban entre ambos barcos.

—¡Maniobra ladeando! —gritó el Pirata Negro—. ¡Artilleros estribor! ¡Apunten velamen!... ¡Balas enramadas! ¡El artillero que dañe la obra viva sólo beberá agua durante un mes! ¡Fuego por andanadas!

Los cañonazos fueron desgarrando todas las velas del galeón.

Lanzados los garfios cuando las bordas estuvieron costado a costado, el abordaje fué anunciado con gritos salvajes de ira por parte de los ingleses.

Pronto fué visible el resultado del combate... La superioridad de los piratas de Carlos Lezama se impuso... El Pirata Negro enjugóse el sudor del rostro cuando la cubierta quedó sin enemigos. Mantenía sólidamente entre sus rodillas, inmovilizándole los brazos, a un robusto pirata inglés, el único superviviente.

El índice de Lezama había señalado lo alto de los mástiles, y de allí colgaban los veinticuatro piratas ingleses restantes, con la cabeza hacia abajo, atados por los tobillos.

—Los que vosotros matasteis—dijo el Pirata Negro mirando hacia los ahorcados—clamaban venganza al cielo. El cielo se digna emplearme como instrumento... ¡Alto, malandrines! —gritó al ver que algunos de sus hombres se dirigían hacia las calas—. ¿No visteis que ya di un paseo por las calas? No hay enemigo. Quedaos todos en cubierta, que tengo que hablaros...

Las manos de Lezama se agarrotaron alrededor del cuello del pirata inglés.

—Cuéntame cómo os encontráis a bordo de ese galeón tú y tus veinticuatro compañeros. Habla pronto, que me impaciento y hay barricas de sal, donde al ser introducido tu cuerpo llagado, comunicaría una gran velocidad a tu lengua.

El pirata inglés fué aclarando precipitadamente los motivos por los que el galeón español navegaba rumbo al Norte, portando en sus calas diecinueve prisioneros españoles y...

—Ya sé el resto, inglés. Buen viaje tengas.

Y el Pirata Negro empujó con su bota el cuerpo del pirata inglés, quien debatióse entre los brazos de dos hombres, que prontamente lo colgaron boca abajo por los tobillos, de uno de los mástiles. El galeón español ofrecía un macabro aspecto con sus veinticinco colgados.

—Asolaron Cayo Santiago... para eso—dijo Lezama, señalando al cielo, donde un círculo de los piratas vencidos substituía las desgarradas velas caídas—. Ahora, mis valientes, la faena ha terminado. ¿Cómo dices, tú, que no hablas? Tu boca está cerrada, bellaco, pero leo en tus ojos la pregunta: “¿Y el botín?”. No hay más que veinticinco ahorcados y un galeón desmantelado. Ése es el

botín que remolcaremos hasta el islote de los Cuervos. Preparad las hachas y destrozad la obra alta. Sólo debe quedar la lisa cubierta, sin bordas. Hay que quitarle peso a este torpe galeón que nada como una tortuga sin concha. ¡“Cien Chirlos”! Dirige la labor y presto ha de ser terminada, mientras yo recorro las calas, Cuando quede, la cubierta como la palma de mi mano, todos a bordo del “Aquilón”, desengarfiad y poned los franchones de remolque.

Empezaron a resonar los hachazos con que los piratas de Lezama iban deslastrando el galeón; sobre cubierta retumbó la caída de uno de los palos derribado a hachazos por la base, como si de nuevo convirtiérase en el árbol del que procedía.

Carlos Lezama fué descendiendo la escalera de bodega. Atravesó velozmente por entre compartimentos que destellaban fulgores de piedras preciosa amontonadas en pirámides con monedas de oro y retorcidos lingotes.

Una fabulosa riqueza desparramada que centelleaba al desmoronarse de un lado a otro en rumorosas cascadas producidas por la repercusión de los sonoros Impactos con los que sobre cubierta se abatían los palos del galeón, segados a hachazos.

Las perlas, el oro, entrechocaban con tintineos cristalinos, al rozarse con las verdes esmeraldas y los sangrientos rubíes...

Carlos Lezama fué desfilando por entre las estibadas cargas del tesoro.

Sonrió solamente al pensar que los azares del destino le habían entregado un fabuloso botín por el que Cayo Santiago había quedado asolado y tras el que ávidamente se lanzarían Héctor Curbec, la corsaria bretona y el inglés Thorn.

Y entró riendo en la cala central, porque se imaginaba el furor sin par de Lian Thorn cuando descubriera que el galeón español, conducido por sus piratas, no había recalado en aguas inglesas.

Entró el Pirata Negro riendo... y coincidiendo sus burlonas carcajadas con el estrépito horrendo que las hachas de los tripulantes del “Aquilón” formaban en la cubierta sobre sus cabezas, nada de extraño tuvo que los diecinueve prisioneros españoles que se hallaban encadenados contra las cóncavas paredes de la cala mirasen con mudo pavor al pirata recién llegado.

Carlos Lezama se detuvo con los puños en las caderas, abiertas las piernas y examinando los rostros de los diecinueve presos.

—Hombres sois todos y parecéis fuertes. Ningún anciano hay entre vosotros ni ningún niño. Todos sois hombres barbudos y de rollizas carnes. ¿Cómo estáis en vida, si en Cayo Santiago no queda piedra, sobre piedra? Veo claramente que no empuñasteis las armas... porque los hombres mueren con ellas en las manos. ¿Ninguno me contesta?

Aguardó Lezama unos instantes, pero ninguno de los acobardados mercaderes alzó, la voz.

—No valéis el tasajo ni el agua que os acompañará en la lancha que puede serviros para llegar a puerto español. Digo que puede serviros, si sabéis encalleceros las manos contra los remos.

El Pirata Negro aproximóse a los encadenados y comprobó que los candados que sujetaban los eslabones eran de recia construcción. Abandonó la cala para regresar portando una pesada hacha de dos semilunas, a la vista de la cual los diecinueve presos sufrieron diferentes sensaciones de pánico...

—Alzad los rostros, tejedores y embaucadores—dijo Carlos Lezama, exagerando el ceño hasta dar a su fisonomía una torva expresión, mientras sus dos manos se apoyaban en el mango del hacha—. Españoles sois, y, aunque mercaderes, habéis de mirarme de frente.

El hacha volteó sobre la cabeza del pirata; alguno de los ricos comerciantes cerró los ojos gimiendo... El hacha fué cortando con certeros astillados los pivotes de madera donde se sujetaban los remates de las cadenas.

Liberados sus cuerpos de la opresión del hierro, los diecinueve españoles pusiéronse en pie torpemente, por la larga inmovilidad a que habían estado forzados.

—En marcha hacia cubierta, españoles—ordenó Lezama—. Y recordad mi advertencia. Rostros altos.

Los diecinueve santiagueses pusiéronse en marcha en fila india y, llegados arriba, iniciaron un temeroso retroceso al contemplar lo que los pareció la plasmación de la furia endemoniada.

Los piratas de Lezama asestaban tremebundos hachazos, y los palos y la estructura al abatirse caían sobre cubierta, mezclándose la madera destrozada con los cuerpos de los ahorcados.

—Seguid avanzando—dijo el Pirata Negro, señalando con su hacha la borda del “Aquilón”, que quitados ya los garfios de

abordaje, estaba reunida con la cubierta del galeón por pasarelas tendidas entre ambas naves.

Los piratas no prestaban la menor atención a los que desfilaban por entre ellos temblando… Seguían demoliendo activamente cuanto significara un exceso de peso en el galeón. Y el destrozar les encantaba.

—¡Arría un lanchón, "Cien Chirlos" ¡—gritó Lezama—. Un tonel de agua y el tasajo más duro que tengas en la cambusa. Diecinueve raciones para tres días.

Cuando los estupefactos comerciantes santiagueses viéronse sentados en los bancos de un lanchón y empuñando los remos empezaron a alejarse de las dos naves, unos prorrumpieron en risas locas de alegría, mientras otros bisbiseaban Oraciones.

Fueron remando vigorosamente procurando alejarse lo más pronto posible por si el Pirata Negro se arrepentía de su generosa acción.

El galeón iba siendo desmantelado, y pronto emprendió el camino del islote de los Cuervos remolcado por el "Aquilón".

A bordo del galeón sólo había un hombre: el hercúleo Tichli con un largo látigo rompecabezas en la mano.

Había comprendido perfectamente los ademanes con que su amo, el Pirata Negro, le había indicado que a bordo del galeón sólo debía entrar él.

CAPITULO IV

La última trampa de Lian Thorn

A medida que los degollados cadáveres de los que formaban la guarnición colectiva del galeón desaparecido iban siendo izados a bordo del bergantín, Lian Thorn arreciaba en sus protestas.

—Pero, ¿qué te propones, corsaria?

—preguntó, airado—. Estamos perdiendo un tiempo valioso y a cada minuto que pasa el galeón se aleja.

Jacqueline de Brest indicó con la fusta las cuatro hileras de cadáveres que chorreaban agua sobre la vasta cubierta del bergantín.

—Que tu segundo reconozca a tus hombres, Curbec, mientras el mío hace lo mismo con los míos.

—¡Esta mujer ha perdido el tino! —aulló Lian Thorn—. Mientras seguís con esa mascarada, yo me voy a mi bordo.

—Te quedas, Thorn—dijo la corsaria esgrimiendo una pistola que acababa de sacar rápidamente—. Has de reconocer entre los muertos los que pertenecen a tus fuerzas...

Como si un relámpago iluminara de repente su desconcierto, Héctor Curbec vió claro. Su garfio se abatió en el hombro del pirata inglés, que, cogido de sorpresa, cayó arrodillado. El puño derecho de Curbec se desplomó sobre la nuca de Lian Thorn, que, como un buey apuntillado, rodó sin sentido sobre cubierta.

—¡Atadlo al mástil central!—ordenó Curbec—. ¡Poissard! ¡Tú, con los doscientos de mis mejores, a tomar la goleta inglesa! ¡Procurad que queden vivos la mayoría y atadlos contra los palos de su barco!

Poissard, el segundo de “Brazo de Hierro”, salió corriendo hacia la proa para cumplimentar la orden que acababa de recibir. Héctor

Curbec volvió la cabeza hacia Jacqueline.

—Desconfié de ti, mujer. Porque no creí capaz al inglés de poseer la astucia propia de serpiente. ¿Cómo pensaste que ese bestia podía ser el responsable del hurto del galeón?

—Me desperté pronto, y fui yo quien primero vió que el galeón había levado anclas. La resaca había depositado en la playa a muchos de los degollados. Y los fui observando: me llamaba la atención que ninguno llevase las ropas inglesas. Todos eran bretones míos o franceses tuyos. ¿Dónde se hallaban lo| veinticinco piratas de Thorn, que componían el resto de la guarnición? Si la pobre astucia del inglés supo planear el clandestino reparto de bebidas a bordo del galeón, para después permitir con toda tranquilidad a sus veinticinco hombres que no bebieron, degollar a los embriagados bretones míos y a los franceses tuyos, no supo, en cambio, meditar sencillamente que nos habría engañado perfectamente si hubiera mandado despojar de sus ropas a veinticinco cadáveres, substituyéndoles los vestidos por ropa inglesa. Y así podría haberme achacado la culpa a mí. Pero es torpe.

—Por muy torpe que sea, pronto nos dirá hacia qué rumbo ha hecho navegar al galeón—masculló Héctor Curbec; pero en sus ojos alentaba una nueva sospecha.

La francesa, al parecer, había descubierto la trampa tendida por el inglés; pero, ¿no podía la corsaria ser la autora de la “torpeza” que reprochaba al inglés? ¿No podía ella haber sido la que ordenó el degollamiento de los restantes guardianes del galeón y vistiera a veinticinco ingleses con la ropa de sus bretones? Y a lo mejor, mientras él atormentase al inglés intentando arrancarle un secreto que ignoraba, la corsaria reiría íntimamente convencida de la inutilidad de torturar a Lian Thorn...

En tanto que Poissard, al frente de doscientos franceses, se dirigía en lanchas hacia la goleta inglesa, los artilleros del bergantín obedecieron la orden de Héctor Curbec, apuntando todas sus piezas de babor contra la nave de Lian Thorn.

El segundo inglés no dió la orden de combate porque, desconocedor de

los motivos por los que la goleta estaba siendo rodeada por piratas franceses en número que duplicaba al de los piratas ingleses, y sintiendo que nada tenía que reprocharse frente a sus “aliados”,

bajó él mismo hasta entrar en la lancha donde estaba Poissard.

El segundo francés amartilló su pistola, colocándola en la sien del segundo inglés. Y los restantes franceses subieron a bordo de la goleta, desarmando a todos los piratas de Lian Thorn, que no oponían la menor resistencia.

Héctor Curbec, cuando presenció el espectáculo de todos los piratas ingleses desarmados y atados a la obra muerta de su propia goleta, dirigióse hacia donde Lian Thorn, con la cabeza caída sobre el pecho y sangrando por el hombro derecho, manteníase en pie gracias a las ligaduras que le sujetaban contra el mástil. No había aún recuperado el sentido, ahuyentado por el violento mazazo que el puño diestro de "Brazo de Hierro" le había aplicado en la nuca.

El garfio de Curbec arañó el pecho del desvanecido Thorn, trazando un surco sanguinolento en la piel del inglés desde su garganta hasta la cintura, desgarrándole la camisa.

La aguda laceración obró a modo de excitante en los sentidos de Lian Thorn, que abrió los ojos, intentando levantar la cabeza.

—Sobre mi cubierta hay unos setenta cadáveres de degollados, inglés —dijo lentamente Curbec, cuyo rostro estaba a veinte centímetros del bestial semblante de Lian Thorn—. Ninguno de ellos es inglés. ¿Dónde están, pues, tus hombres?

—¡Los españoles los mataron!—gritó Thorn, exasperado.

—Te pregunto dónde están tus hombres—repitió fríamente Curbec.

—¡Ahí tienes a tres! — exclamó Thorn, señalando con la barbilla unos cuerpos decapitados, en cuyos cintos resaltaba la insignia del pabellón pirata de Lian Thorn.

—Esos son los que hace unos instantes decapitaste tú, inglés.

"Brazo de Hierro" volvióse hada la corsaria bretona. Su tortuosa mente, aunque empezaba a estar convencida de que no era Jacqueline la autora de la desaparición del galeón, quiso intentar una última prueba.

—Creo que podemos matarlo ya, mujer. Para mí no hay duda de que él es el traidor que ha pensado quedarse para él solo todo el botín.

Si la corsaria asentía, en contra de toda lógica, al pensar que el garfio haría enmudecer para siempre a Lian Thorn, con ello demostraría que ella era la verdadera traidora.

Pero Jacqueline de Brest contestó en forma que para “Brazo de Hierro” patentizó su total inocencia en el rapto del galeón.

—Si lo matas, Curbec, nunca sabremos con qué rumbo partió el galeón. —Y dió un paso al frente, encarándose con Lian Thorn, que la miró salvajemente. — Habla, Thorn. Te evitarás una tortura que mereces por traidor a tu palabra y a los pactos que con nosotros dos juramentaste. ¿Qué ruta sigue el galeón tripulado por tus hombres?

—¿No os digo, por mi eterna salvación, que son los españoles quienes degollaron a los que...?

El garfio de Curbec se abatió punzando el extremo de la lengua del inglés y con ruda torsión “Brazo de Hiero” giró la tumefacta lengua de Thorn hasta que la garganta del inglés profirió gemidos de rabioso dolor.

—Habla ya, Thorn—suplicó la corsaria—. Dinos dónde va el galeón.

Curbec desentrabó el garfio, soltando la lengua del inglés, que quedó colgante y sangrando.

—No... no quiero...—habló estropajosamente el pirata inglés, mientras sus porcinos ojos sanguinolentos se entrecerraban.

Con fría impasibilidad fué “Brazo de Hierro” lacerando el rostro de Lian Thorn... Jacqueline de Brest giró la cabeza para no ver la monstruosa masa informe en que se iba convirtiendo el semblante del inglés bajo las mutilaciones a que le sometía el garfio de Curbec.

—Te quedan aún un ojo y un oído, inglés — dijo despaciosamente y con voz más aguda que nunca el pirata francés —. ¿Qué rumbo ha tomado el galeón?

Lian Thorn dejó caer su cabeza sobro el pecho, mordiéndose los labios para no hablar. Sabía que de todas formas su muerte estaba ya cercana.

Trae las pantuflas de hierro—ordenó Curbec a uno de sus hombres, que contemplaba la tortura con semblante interesado.

AI oír mentar las cajas metálicas en las que los pies encerrados estallaban, pulverizándose los huesos lentamente bajo insostenibles presiones, Lian Thorn aulló:

—¡Rumbo noroeste!... ¡Hacia May Pen... en Jamaica!

—A tu bordo, mujer. Zarparemos inmediatamente.

Jacqueline de Brest obedeció, y cuando abandonaba el bergantín, llegaba a él Poissard, el segundo de Curbec, trayendo

atado al segundo de Lian Thorn.

—Prende fuego a la goleta, Poissard dijo lentamente Curbec—. Quiero ver arder esas antorchas inglesas. Son tan traidores como su jefe, desde el momento en que él es quien los manda.

El velero bretón de Jacqueline desplegó velas, abandonando la bahía... Por la borda del bergantín, los piratas franceses iban tirando al mar los cadáveres degollados. La goleta de Lian Thorn prendió fuego rápidamente por los cuatro costados, y los aullidos de los tripulantes atados a la cubierta rasgaron los aires, mientras la brisa marina no lograba con su salobre aroma ahuyentar el punzante olor a carne quemada...

—¡Rumbo noroeste, timonel!—gritó Curbec—. ¡A toda vela! ¡Alerta, vigía! ¡Pronto a señalarme la estela del galeón español!

Aproximóse a Lian Thorn y con el garfio le levantó la barbilla, mientras con la diestra le propinaba dos sonoras bofetadas que despejaron al entontecido y torturado inglés.

—¿Quisiste engañarme, bestia? Mira tu barco. ¡Ya convirtiéndose en una pavesa. Y no te queda ya un solo hombre. Han ardido mejor que los maderos de tu goleta. Vivirás el tiempo que tarde en avistar el galeón. Pero, a fe de mi nombre, que antes de morir has de saber cuáles son las más refinadas de mis torturas.

Poissard, a un ademán de su jefe, aplicó su pistola en la sien del segundo inglés, haciéndole saltar el cerebro. El garfio de Curbec asió por la garganta al segundo inglés y, levantándolo sin el menor esfuerzo, lo lanzó por encima de la cubierta.

El bergantín abandonó la bahía a toda vela y con rumbo noroeste alcanzó prontamente al velero bretón, poniéndose a su misma altura.

Mientras los dos barcos piratas se dirigían hacia May Pen, en Jamaica, "la esmeralda flotante", el velero "Aquilón", en ruta totalmente opuesta, dirigíase remolcando al galeón hacia el islote de los Cuervos.

Y ninguno de los tripulantes del '"Aquilón" pensaba siquiera que el galeón remolcado contenía el más codiciable de los tesoros, fruto del saqueo de Cayo Santiago.

Héctor Curbec por dos veces acudió cerca de Lian Thorn, rociándole el lacerado semblante con vinagre...

Pero Lian Thorn efectuó su última trampa... Debilitado por la

pérdida de sangre, o quizá estallada su aorta en apoplejía fulminante, producida por el furor que lo poseía, murió…

Y en su mutilado rostro dotaba una vaga sonrisa… porque al morir él creyó haber engañado definitivamente a “Brazo de Hierro”, ya que suponía que el galeón tripulado por sus veinticinco piratas no navegaba rumbo a May Pen, sino, tal como había ordenado, rumbo a la isla de los Galápagos, hacia el Sur.

Cuando “Brazo de Hierro” roció por tercera vez con vinagre el rostro de su víctima y no lo oyó gemir de dolor, colocó su diestra sobre el pecho del inglés. Cerciorado de que Lian Thorn había dejado de existir, su cólera no tuvo límites…, y hasta sus propios hombres, sin embargo ya acostumbrados a su crueldad despiadada, miraron hacia otra parte, mientras “Brazo de Hierro”, inhumanamente, iba lacerando a garfiazos, que arrancaban sanguinolentos despojos, el cadáver del pirata inglés, que había querido apropiarse del botín.

Y cuando Héctor Curbec ascendía hacia su puente de mando, todos sus piratas se irguieron respetuosamente, pero evitando el mirarle.

Sabían que las frías cóleras del hombre del garfio se manifestaban en formas inesperadas…, y no querían sentir sobre sus carnes la mordedura de la temible arma que era la mano izquierda de Héctor Curbec.

CAPITULO V

El Islote de los Cuervos

Un conglomerado de roquizas montañas componía el perdido islote de los Cuervos, gráficamente apodado así porque sobre sus calas revoloteaban incesantemente los negros pájaros, considerados de mal augurio por los supersticiosos piratas, que por eso no frecuentaban sus aguas.

En el islote vivían bucaneros antillanos dedicados a la caza y que vendíanse gustosos como substitutos de las bajas que los frecuentes combates abrían en las filas de las naves piratas.

Suministrando como lo hacían con continuidad a muchas de las naves corsarias que anclaban lejos de sus rocas, acercábanse a ellas sin temor en sus embarcaciones planas, portando barriles de agua, licores y carne en salazón.

Por eso, cuando a lo lejos distinguieron las velas del “Aquilón”, se aprestaron a salir de sus chozas, edificadas en el centro de las altas montañas, para dirigirse hacia la playa.

Pero el “Aquilón” no parecía dispuesto a anclar, sino que, llevando a remolque un galeón desmantelado, navegaba hacia el desfiladero de las Angustias, paso abierto entre dos altos acantilados, y cuyos rompientes estallaban fragorosamente en altas olas; sólo un experto piloto conocedor de los afilados escollos que asomaban a flor de agua podía atreverse

a surcar sin encallar irremisiblemente contra los traidores bajos.

Vieron los bucaneros cómo a ambos costados del velero colgábanse tripulantes sosteniendo las largas brazadas con las que habían de medir el fondo en que navegaba el casco del barco.

Y el timón era manejado por el Pirata Negro en persona. De todo lo cual dedujeron Ios bucaneros que la nave pirata no venia

simplemente a suministrarse alimentos y bebida, sino a reposar unos días, como otras veces lo había hecho en el paso de las Angustias.

Sólo pura eso podía el Pirata Negro exponer su velero al encallamiento, y sólo él conocía metro a metro la peligrosa barra que obstaculizaba el acceso al estrecho desfiladero abierto entre los dos elevados acantilados.

Las mugientes olas del rompiente cubrieron de espuma la proa del "Aquilón", mientras Carlos Lezama, a ferrado al timón, maniobraba la rueda con raudos giros, estabilizando el velero, en espera de la ocasión propicia para entrar en el desfiladero a favor de las olas.

"Cien Chirlos" dirigía la difícil maniobra del contratope, consistente en separar el galeón con largas vigas sostenidas cada una por cinco piratas, manteniendo a distancia el casco desmantelado, en evitación de que se estrellase contra el velero que lo remolcaba.

Una ola encrespada levantó en vilo al "Aquilón", que convertido en saeta, penetró como una exhalación en el paso de las Angustias, arrastrando en pos de sí al galeón desmantelado.

Y, al inmovilizarse los dos barcos, los piratas soltaron las vigas, enjugándose el sudor que empapaba sus cuerpos. Emparedadas entre las dos vertientes de las altas montañas, las dos naves quedaron andadas a escasa distancia la una de la otra. Una pasarela quedó tendida entre el velero y el galeón, sobre cuya cubierta rasa continuaba Tichli erguido como una estatua guardiana de ébano reluciente, de cuya diestra pendía el largo látigo rompecabezas.

De orilla a orilla la mar distaba escasamente treinta metros. Un ancho tablón apoyado sobre la borda del "Aquilón" quedó tendido a modo de pasarela hasta la playa estrecha.

Por las laderas de los acantilados fueron descendiendo los semisalvajes bucaneros, cuya vestimenta componíase principalmente de pieles de fiera mal curtidas.

Descendientes de los franceses que antaño fueron los reyes del Caribe, conservaban una feroz independencia, y sólo por ancestrales reminiscencias acataban el poderío de sus sucesores los piratas.

Más de un centenar de bucaneros apiñáronse cerca de la pasarela, y en silencio vieron descender al Pirata Negro.

—Salud deseo a los bucaneros de los Cuervos —empezó a hablar Carlos Lezama, colocándose entre ellos.— ¿Quién es vuestro jefe? En mi última estancia, lo era el viejo Gros Jean.

—Sigo siéndolo, Pirata Negro—dijo un viejo bucanero de luenga barba, adelantándose hasta enfrentarse con Lezama,—. ¿Qué propósitos te han traído a mi islote?

—Fortuna para tus hombres es lo que aporto. Largo es de contar. Me conoces ya, Gros Jean. Nunca prometo en balde. La buconería os da sólo para malvivir. Necesito de vosotros, y, aunque la empresa es arriesgada, su éxito os convertirá en hombres libres. ¿Cuántos sumáis?

—Ciento once somos. Pero el navegar no nos atrae.

—Tampoco os quiero para tripulantes. Me bastan mis hombres; pocos son, pero escogidos y fieles, y sólo fío en ellos. De momento, compro pieles cosidas en sacos de media arroba. Ciento diez sacos de inedia arroba y cuarenta y cinco de arroba. Sí, no me ojees con labio colgante, Gros Jean. Pido sacos de piel, pellejos. ¿Acaso te pido cuernos de paloma? Os recluto a todos, y como primera paga os doy media arroba de oro por hombre. ¿A cambio de qué? De algo muy sencillo. Que defendáis el islote contra al posible ataque que yo atraeré hacia él. Y si cumplís como bravos, por cada uno que sobreviva recibiréis otra arroba de oro.

—Mucho prometes, pirata—meditó en voz alta Gros Jean, dubitativo.

—Y siempre cumplo, si sabéis cumplir. Lleva a tus hombres donde almacenáis las pieles y las lonas. Aportad los sacos que he pedido y volved tan pronto como podáis. Aquí aguardaré, y la fortuna de los bucaneros de los Cuervos se ventila ahora. Recuérdalo, Gros Jean.

Gros Jean describió un amplio ademán señalando hacia lo alto. Los bucaneros, siempre en silencio, fueron ascendiendo por la ladera.

Cuando todos ellos hubieron desaparecido en las cumbres, Carlos Lezama volvió a subir a bordo. Encaramóse en el castillete de proa.

—Abrid las orejas, bergantes. Habéis oído cuanto he promedio a los bucaneros. Gran empresa es la que preparo y también grande es el premio. A ellos media arroba de amarillo metal. A vosotros, una

arroba de pedruscos: para todos, esmeraldas, perlas y rubíes. Bien pesadas. Relucen vuestros ojos, y no me disgusta. Pero antes de que reluzcan los pedruscos habéis de trabajar como energúmenos. Los artilleros, a transportar todas las piezas a las cumbres, cubriéndolas de enramado. Los peleones a abrir zanjas en las dos vertientes. Y zanjas y culebrinas no deben verso desde el mar. ¡Manos a la obra! Sudad, que cada gota valdrá una joya.

Los piratas de Lezama obedecían siempre ciegamente, sin perder tiempo en dedicarse a premeditar la finalidad de cuanto hacían.

Mientras unos cavaban hondas zanjas en las laderas de los acanillados, los artilleros halaban las piezas arrastrándolas con cuerdas hasta las cumbres.

El Pirata Negro iba de unos a otros aconsejando los emplazamientos y observando los enramados con que se cubrían zanjas y piezas.

Pasaron cuatro horas, y, terminada ya la labor, quedaron distribuidos los cuarenta y cinco piratas entre las trincheras y tras las bronceadas culatas ocultas en las cumbres bajo tupidos ramajes.

Gros Jean y sus ciento diez bucaneros, llevando todos ellos sobre los hombros cosidos pellejos, fueron descendiendo hasta la orilla.

—Bien empieza vuestra colaboración, Gros Jean—comentó, risueño, el Pirata Negro—. ¿Traéis vuestra balanza?

Dos bucaneros avanzaron, sosteniendo una tosca balanza de dos anchos platillos.

—Tú pesarás, Gros Jean. Aguardad aquí. ¡“Cien Chirlos”! ¡Juanón! Cargad cuantos sacos podáis.

Los dos piratas aludidos hicieron alarde de su musculatura, desapareciendo bajo hacinamientos de cosidas pieles. Siguieron tras su jefe, que subió al velero para pasar a la rasa cubierta del galeón, en la que Tichli montaba la guardia. Resoplaban los dos piratas, y más resoplaron cuando, a una señal de su jefe, se detuvieron ante las calas del galeón.

La centelleante pedrería, mezclándose con los amarillos destellos del oro, produjo en las dos gargantas de Juanón y el segundo roncos estertores de codicia.

—Rellenad los sacos, y cuando estén repletos hasta las bocas id a buscar otros vacíos. ¿Para qué creíais que arrastrábamos el peso muerto de este galeón? ¿Por su madera? Rellenad los sacos,

bergantes. Sobra piedra y metal para todos.

Juanón y “Cien Chirlos” hundieron con deleite las manos en las pirámides del tesoro. Efectuaron diez viajes, y al final de ellos la cubierta del galeón quedó poblada de repletos sacos tintineantes.

—Subid de diez en diez, bucaneros —gritó el Pirata Negro—. Tú el primero, Gros Jean, y verás que nunca prometo en falso. Trae tu balanza.

La operación del pesaje fué parsimoniosamente verificada, y los bucaneros aprisionaron codiciosamente contra sus pechos los sacos que a cada uno de ellos les correspondieron. Cuando todos ellos substituyeron en el galeón a los sacos que ahora mantenían estrechamente abrazados, Carlos Lezama besó ambas mejillas del viejo bucanero jefe, según era el ritual, que equivalía a firmar un pacto.

—Cumplí mi palabra, Gros Jean. Tus hombres, bajo tu mando, han de cumplir ahora lo que de ellos deseo. Repártelos a diez por zanja, y han de defender con uñas y dientes el islote contra cercanos ataques de dos naves corsarias. Diles que no sólo defenderán sus pellejos de hombres, sino sus pellejos de oro. Y que sepan que cuando queden aniquiladas las tripulaciones de los dos corsarios cuya visita espero, recibirán cada uno Una arroba más de oro. La paz sea contigo, hermano Gros Jean, si tus hombres saben obedecer tu mandato.

Gros Jean acercóse al Pirata Negro y aplicó sus labios barbudos sobre ambas mejillas de Carlos Lezama. A una señal suya, los bucaneros abandonaron el galeón, atravesaron el velero y descendieron a la playa para repartirse inmediatamente por todas las zanjas recientemente abiertas en ella.

—¡Juanón! Con tu pala, a la bodega. Rellena los cuarenta y cinco sacos restantes con lo más escogido del surtido de verdes, rojas y blancas. Perlas, rubíes y esmeraldas para todos mis valientes. Préstale una mano, “Cien Chirlos”. Doble carga para vosotros.

Los dos piratas desaparecieron velozmente escaleras abajo y el Pirata Negro quedóse solo con Tichli.

—Sangriento botín, Tichli. Cada piedra es una gota de sangre de santiagués.

Los obscuros tintes del crepúsculo se enseñoreaban del desfiladero. Los cuervos revoloteaban en las alturas, y de vez en

cuando un aguilucho aleteaba planeando por encima de los negros pájaros de mal agüero.

—No fío de bucaneros, Tichli—siguió diciendo Lezama, mientras el negro piloto sonreía con la ancha mueca con la que siempre recibía las confidencias que no oía—. Ellos defenderán el islote porque con él defienden sus pellejos y su repentina riqueza. Pero por cada cinco de ellos uno de mis hombres atenderá a sus movimientos. Bien pagados han quedado con el contenido de los cofres santiagueses. Pero justo es que el oro de los muertos sirva para vengar a los que perecieron en Cayo Santiago. Si la suerte me asiste, aniquilaré a “Brazo de Hierro” y a mi dulce pesadilla, la corsaria bretona.

La obscuridad era completa en el desfiladero. Un hombre revestido con las pieles de bucanero sobrenadó silenciosamente, brotando del agua junto a la cadena del ancla del galeón. Encaramóse ágilmente por la cadena hasta detenerse en la concavidad vacía que en el casco se abría para contener el ancla.

Agazapóse en el hueco de madera, y desde allí percibió distintamente la clara voz del Pirata Negro.

—Miles de veces me han reprochado ser un empecatado charlatán, Tichli. Pero no pueden comprender que necesito desahogarme con quien, como tú, mi buen Tichli, sabe guardar todos los secretos. El pirata inglés a quien obligué a hablar confióme que Lian Thorn pensaba hacer creer a “Brazo de Hierro” que el galeón se dirigiría hacia May Pen. Pero supongo que, torturado, Lian Thorn terminará por confesar que el galeón debía dirigirse a los Galápagos…, aunque yo me crucé en su camino, y eso no lo podía prever Lian Thorn. Dos bucaneros irán, respectivamente, a May Pen y a los Galápagos, y sabrán decirle a “Brazo de Hierro” que el botín del galeón está en el paso de las Angustias… y que todos nosotros estamos desprevenidos. Y cuando perezca el último de los franceses acaudillados por la corsaria bretona y por el mutilado sin alma, Cayo Santiago quedará vengado.

El bucanero que se ocultaba en el hueco del ancla deslizóse por la cadena.

Ya había oído lo suficiente… y cuanto había oído le supondría mayor riqueza que la que podría darle el Pirata Negro. Entró en el

agua con el mismo silencio con que se había encaramado por la cadena.

“Cien Chirlos” y Juanón fueron transportando a las zanjas los sacos de arroba.

Y los cuarenta y cinco piratas entretuvieron su espera del próximo combate dejando resbalar, con risas satisfechas, por entre sus dedos el hacinamiento de piedras preciosas que contenían sus sacos.

Y el Pirata Negro también sonreía. Sabía que ahora los ciento sesenta hombres defenderían el islote con sañuda resistencia.

Fué a visitar a Gros Jean en su choza del monte, y cuando dos bucaneros partieron hacia May Pen y los Galápagos, respectivamente, bien aleccionados de cuando habían de decir a “Brazo de Hierro”, Carlos Lezama soportó de nuevo el besuqueo áspero y fraternal del viejo bucanero.

Regresó a bordo del galeón y secóse las mejillas con el dorso de la mano.

—Besos de viejo, Tichli. Pícara confraternidad impuesta por la necesidad de enfrentarme de nuevo con la que temo y cuya compañía a la vez deseo. Triste cosa es tener un alma enamoradiza…

CAPITULO VI

La generosidad de "Brazo de Hierro"

Fieffé Coquin, el bucanero que había oído las confidencias que el Pirata Negro creía verter en los sordos tímpanos de Tichli, llegó hasta su falúa velera.

Desnudóse para cubrir con sus ropas las palas de sus remos, y, remando vigorosamente, fuése alejando del islote. Cuando juzgó que era ya imposible que le vieran, tendió la única vela de su rápida falúa y volvióse a vestir.

Navegó toda la noche con viento a favor, y al mediodía siguiente entró en el Black River, adentrándose en tierra jamaiquina.

La isla de May Pen estaba desierta; no habían aún llegado los dos barcos corsarios. Aguardó Fieffé Coquin hasta que a la madrugada siguiente vió acercarse las gallardas y majestuosas siluetas de las dos naves corsarias.

Cuando la última revuelta del río permitió a Héctor Curbec darse cuenta de que en May Pen no había la menor huella del galeón español, las venas de su frente se hincharon y sus labios temblaron convulsivamente bajo el efecto de un incontenible furor. Había sido definitivamente engañado por Lian Thorn.

Va había tenido barruntos de ello al cerciorarse de que, pese a la velocidad de su bergantín, lanzado a toda vela en pos de la supuesta estela del pesado galeón, el alerta vigía no había percibido desde la cofa la inconfundible silueta del galeón.

Héctor Curbec ordenó echar el ancla. Y poco después reuníase con él la corsaria bretona.

—¡Malhaya sea la hora en que pacté con el inglés traidor!— chilló agudamente el atlético francés—. Esfumóse nuestro botín, mujer.

Ella guardó silencio, mientras Curbec, medía a largos pasos el ancho del camarote capitana del bergantín.

Poissard, su segundo, entró precipitadamente.

¡Un bucanero trae noticias del galeón, jefe! —exclamó, con el soplo entrecortado—. Se llama Fieffé Coquin y dice conocerte.

—¿Fieffé Coquin? Merece su nombre. No hay hombre más capaz en el orbe entero de la más negra de las acciones. Tráelo, Poissard.

Fieffé Coquin penetró en el camarote andando con prosopopeya de portador de preciada nueva. Para demostrar su buena fe, apoyó sus dos manos sobre los hombros del francés, besándole en ambas mejillas.

“Brazo de Hierro” le señaló el banco frente a él y la corsaria.

—Hace meses te compré pieles para remendar mis velas y tasajo para surtir mi cambusa, bucanero. Creo recordar que me contaron que supiste matar a tu propio hermano. Hombres como tú son los que me gustan. ¿Qué valiosa mercancía me traes, Fieffé Coquin?

El bucanero extendió ambas manos con las palmas hacia arriba.

—Podría tener una arroba de oro, “Brazo de Hierro”. Pero he preferido acogerme a tu generosidad. Traigo una noticia por la que no dudo sabrás pagarme mi peso en oro.

—A buen ojo, te evalúo en ochenta kilos. Mucho oro es, si pobre es tu informe.

—En el islote de los Cuervos hay un paso que pocos conocen. Es llamado de las Angustias. Ahí está un galeón desmantelado cuya panza debe de reventar de tesoros, porque de ella salen sacos y más sacos repletos de riquezas, que el Pirata Negro reparte entre ciento nueve bucaneros y sus cuarenta y cinco piratas.

Héctor Curbec llevóse la diestra a los labios para encubrir el temblor que en ellos aleteaba. Trató de sonreír amistosamente.

—Mal te evalué, Fieffé Coquin. Pesas el triple de lo que dije. Sigue hablando.

Su íntima alegría al hallar de nuevo la pista de lo que creía definitivamente perdido no le permitió apercibirse de la densa palidez que invadió el bello rostro de Jacqueline de Brest al oír mencionar el nombre del Pirata Negro.

—Dime, bucanero: ¿sabes hacia dónde piensa largar velas el “Aquilón” del español?—demandó ansiosamente.

—No piensa moverse del paso de las Angustias. Desguarneció su

velero, trasladando toda su artillería a las cumbres de los dos acantilados. Y han quedado ocultas las anchas zanjas que contienen hombres armados, en la espera de una visita confiada que será la tuya. Arriesgando mi vida pude oír al Pirata Negro, y él te mandará dos bucaneros que fingirán avisarte de que en el islote de los Cuervos está el galeón y están todos ellos desprevenidos. Gros Jean, nuestro jefe, se ha vendido al español. Y piensan sorprenderos cuando vuestras velas asomen por el horizonte.

'“Brazo de Hierro” acariciose la barbilla y sus grises ojos se posaron entrecerrados en la faz del bucanero.

—Saca tu cuchillo, Fieffé Coquin, y trata de dibujar sobre la mesa la posición exacta del paso de las Angustias y el lugar donde han sido abiertas las zanjas y han sido artilladas las cumbres. Esmérate, y tu fortuna es cosa hecha.

El bucanero fué trazando trabajosamente con la punta de su cuchillo el contorno del islote y señaló, orientándolo a la marinera, el emplazamiento de las defensas montadas en el paso de las Angustias.

Horadó el último trazo y, tras él, Héctor Curbec pareció sumirse en el estudio de tosco plano. De pronto, su garfio se cernió hincándose en la nuca del inclinado bucanero, que, aplastada la cabeza encima del dibujo que acababa de trazar, gimió roncamente. El garfio le inmovilizó, mientras con la diestra blandía Curbec su puñal, que segó la yugular del bucanero.

“Brazo de Hierro” empujó con la rodilla la espalda del agonizante.

—¡Poissard!...—llamó. Su segundo entró presuroso. —Este traidor al agua; con una cadena al cuello. No quiero que salga a la superficie. Envenenaría al cuervo que sobre él se abatiera.

Poissard llevóse al bucanero, y “Brazo de Hierro” limpió con la manga de su casaca la sangre que emborronaba el plano.

Jacqueline de Brest dominó el escalofrío que la fiera inhumanidad del pirata habíale producido, y siguió con los ojos el recorrido que sobre el plano marcaba el índico del francés.

—Nos esperan por el Norte, mujer. El español tiene fama de astuto. Y es un traidor a su modo porque lucha contra sus hermanos de profesión. Arribaremos por la costa sudoeste anochecido, y ya que él nos aguarda, tenemos tiempo sobrado de preparar catapultas.

En May Pen abundan los corpulentos troncos de mangrove. Si el Pirata Negro alardea de inteligencia, es porque hasta ahora nunca tuvo enfrente a Héctor Curbec —dijo orgullosamente—. ¿Cubre sus defensas con enramados? Enramados llameantes le lanzaremos y nuestras piezas barrerán las cumbres de los dos acantilados. ¡Poissard!

El segundo asomó a la puerta del camarote.

—Vino y pólvora—ordenó lacónicamente Curbec.

Instantes después Poissard traía dos copas mediadas de rojo vino, entre las que depositó una cazoleta conteniendo unas pulgaradas de pólvora.

Héctor Curbec asió entre el pulgar y el índice un pellizco de pólvora, que mezcló en las dos copas con el vino.

Jacqueline de Brest empuñó la copa. El infecto brebaje simbolizaba el más fiel de los pactos.

Alzó Curbec la copa y bebió un sorbo.

—Veneno sea para tus venas, mujer, si traicionas la fidelidad que al beber me prometes.

Jacqueline de Brest apuró el contenido de su copa. La depositó vacía sobre la mesa.

—Veneno sea si falto a la fidelidad que hacia ti me encadena desde ahora —dijo pensativamente.

Héctor Curbec púsose en pie y abandonó el camarote, seguido por Poissard. La corsaria bretona acercóse a los dos hombres y por espacio de seis lloras la mayor de las actividades reinó en la isla de May Pen,

Los copudos y gigantescos mangroves abatíanse sordamente, cercenados por los hachazos que en sus bases descargaban los piratas. Al amanecer siguiente el bergantín y el velero tenían en sus cubiertas unos extraños artefactos.

Los troncos habían quedado rematados en anchas plataformas ahuecadas y gruesas sogas pendían tensando las improvisadas catapultas, cerca de las cuales ramujos hacinados representaban los proyectiles que la mente del pirata francés había imaginado para combatir las defensas que encubríanse en el islote de los Cuervos…

Fué a media mañana cuando un bucanero arribó al costado del bergantín. Halado a bordo por los franceses, pidió ser recibido por Héctor Curbec.

Gros Jean habíale advertido que no se dejara impresionar por el maligno aspecto del jefe pirata. Pero, sin poderlo remediar, el bucanero se estremeció cuando frente a él se detuvo “Brazo de Hierro”, en cuyos delgados labios dibujábase una torva sonrisa.

—Bienvenido seas, bucanero. Pediste hablar conmigo. Habla.

—Costóme ímprobo esfuerzo huir del islote de los Cuervos, gran jefe— dijo el bucanero, afianzando su voz—. Espero de tu generosidad que sabrás recompensar la valiosa noticia que voy a darte.

—Juzguemos de ella, y al oírte sabré valorarla.

—Hace dos días que arribó al paso de las Angustias un velero remolcando un galeón español desmantelado; Ambas naves están ancladas y los tripulantes del velero sólo piensan en pasar el tiempo bebiendo como toneles sin fondo. Su jefe, un diablo moreno, desciende con frecuencia a las calas del galeón y saca de ellas cuantiosas riquezas.

—Ven conmigo, bucanero. Quiero que veas si estoy bien informado. Te ha precedido un compañero tuyo, pero no importa. El mismo pago que a él le di, recibirás tú.

Esperanzado, el bucanero caminó en pos del pirata francés, que, entrando en el camarote capitana, le indicó la mesa encima de la que aparecían trazados a punta de cuchillo los contornos del islote, con cruces señalando las defensas del desfiladero.

—Estudia con toda calma ese bosquejo, bucanero. Dime si es tal como el cuchillo de otro bucanero ha diseñado la añagaza que el Pirata Negro me ha preparado.

Inclinado sobre el tosco plano, el bucanero empezó a estudiar el dibujo, pero sus ojos sé desorbitaron cuando percibió rojizos colores a trechos diseminados en las ranuras de la madera.

—Poco entiendo de planos, gran jefe —balbució—. Pero creo que así es la disposición del paso de las Angustias.

—No puedo creer que intentas mentirme, bucanero. ¿No me dijiste antes que los piratas del español traidor vivían en continua francachela, sin estar prevenidos?

—Yo..., a juzgar por lo que vi..., eso supuse.

El pistoletazo que disparó Curbec llenó de humareda el recinto del camarote. El bucanero doblóse sobre sus rodillas, partida la frente a quema— ropa.

—También Lian Thorn pretendió engañarme, Pirata Negro —invocó el francés, dirigiéndose a su lejano enemigo—. Y tú sentirás también en tus carnes la caricia de mi zurda. ¡A fe de mi nombre que va a terminar ya tu traidora vida, Pirata Negro!

Héctor Curbec expuso detalladamente durante dos horas el plan que había proyectado.

Jacqueline de Brest y los dos segundos de los dos jefes corsarios le escucharon en silencio.

Por el Black River fueron descendiendo las dos naves corsarias, rumbo hacia la costa sudoeste del islote de los Cuervos. Héctor Curbec paseaba incesantemente por el puente de mando...

No era sólo la proximidad del rico botín lo que le impacientaba. Era también el ansia que experimentaba de verse pronto frente al hombre hacia el que sentía el más arraigado de los rencores, porque su fama, propalada por todas las riberas del Caribe, obscurecía la de su propio nombre.

Jacqueline de Brest temía y a la vez deseaba que llegara prontamente el instante en que percibiera la figura del hombre que para ella representaba la encarnación del ideal masculino, que habíase ahincado en su esquivo y cruel corazón desde el momento en que muy lejos, allá en París, Carlos Lezama había recibido de sus manos un talismán que era una declaración de amor[1].

CAPITULO VII

Se enfrentan dos titanes

Carlos Lezama paseábase por la cubierta del galeón, acompañado de “Cien Chirlos”, mientras Tichli, el piloto negro, dormía echado de bruces en el suelo.

—Tenemos montada la trampa, cara fea—iba diciendo el Pirata Negro a su segundo—. Pero el ratón muerde a veces al gato. Pregonan las olas que “Brazo de Hierro", además de un garfio cruel, posee un cerebro. Y ésa es prenda poco usual entre los bellacos que ejercemos tan vil profesión. La red está tendida, “Cien Chirlos”. Pero doctos y sesudos varones dicen que prevenir es mejor que curar. Mi fiel amor es mi velero. A ti te lo confío. Seis hombres, te bastarán para, con poca lona, llevarlo a la próxima cala de babor. Y allí, pase lo que pase, suceda lo que suceda, aguardarás sin dar señales de vida.

—Tichli puede encargarse de esa labor perruna, señor—dijo tímidamente “Cien Chirlos”—. Déjame a mí estar a tu lado.

—¡Insolente eres a veces, guapetón! —exclamó Lezama asiendo por el cinto a su segundo—. Donde manda uno, callan los demás. Apréstate y desaparece camino del “Aquilón”. Y cruza el rompiente sin dañar los flancos de mi barca, si no quieres que destroce tus propios costados a zurriagazos.

“Cien Chirlos” atravesó cabizbajo la pasarela camino de la cubierta del velero. Desfogóse insultando con los peores epítetos que supo hallar a los seis piratas que bajo sus órdenes efectuaron la maniobra de atender al deslizamiento del velero, desengarfiándolo del galeón, y pronto, a media vela, el “Aquilón” surcó el rompiente, cabalgando encima de las olas, hasta desaparecer tras la lengua de tierra que a la izquierda del paso de las Angustias ocultaba una

ancha rada que en forma de boca de tenaza abríase frente al mar libre.

El Pirata Negro recorrió los puestos artilleros y las zanjas. Evitó visitar la zanja donde se halla Gros Jean, porque le repugnaba el contacto de los húmedos bigotes y la áspera barba del jefe bucanero.

Y tranquilizado al comprobar que todos estaban dispuestos a aniquilar cuantos ataques pudieran sobrevenir, descendió hacia la playa.

Desde allí, por más que forzó la vista, y aun conocedor de los exactos emplazamientos de los ciento cuarenta y ocho hombres, no pudo percibir la menor huella de presencia humana.

Cumbres y laderas ostentaban sus pacíficos contornos de vegetación, sin que fuera posible adivinar que bajo los verdes matorrales y entre los floridos árboles acechaban hombres armados hasta los dientes y artilleros avizorando el horizonte en espera de otear velas enemigas.

* * *

Titilaban las estrellas en el cielo obscuro en la segunda noche de tensa vigilancia. El sueño diurno mantenía vivaces a los componentes de la extraña guarnición del desfiladero de las Angustias.

Sólo quebraba el hondo silencio el blando susurro de las olas y el canto de la brisa entre el follaje.

Fué primero un repentino fulgor el que rasgó el cielo procediendo en escasos segundos al horrísono estallido simultáneo de innumerables piezas artilleras.

Una densa lluvia de fuego y metralla esparcióse en la cumbre de los acantilados; bólidos de ramas cayeron con certera precisión sobre las zanjas.

Un clamor de sorpresa elevóse entre los bucaneros, que en un principio creyeron en un cataclismo en el que el fuego bíblico habíase desencadenado desde el cielo.

Las catapultas construidas bajo la dirección de “Brazo de Hierro” lanzaban profusamente sus cargas de ramajes secos encendidos. Las culebrinas de las dos naves apostadas en la costa sudoeste de la estrecha isla barrían por andanadas el emplazamiento de las baterías instaladas en las cumbres.

Propagábase rápidamente el incendio, y el desconcierto reinaba entre las filas del Pirata Negro. Tardaban los atacados en reponerse de la sorpresa, y ya grupos de piratas franceses escalaban las laderas opuestas a las zanjas.

Carlos Lezama consiguió imponerse a sus hombres, y al efecto de su presencia y por sus voces de mando, los artilleros recobraron parte de los ánimos sobrecogidos, dando vuelta a sus piezas.

—¡Fuegos rasantes! —gritó el Pirata Negro—. ¡Barred la vertiente!

Veíanse ya los destellos de los sables y de los puñales que los piratas franceses blandían al ascender por la vertiente sur.

La primera andanada en descarga cerrada de las piezas dé las cumbres abrió ancha brecha en las fuerzas asaltantes. Despeñándose cuesta abajo y rebotando de roca en roca, los hombres de Curbec y la corsaria bretona empezaban a encontrar una inesperada resistencia, al quedar la primera sorpresa que el repentino ataque había causado entre las filas del Pirata Negro.

El incendio producido por las cargas de las catapultas crepitaba, iluminando los acantilados. Permanecer en la cumbre no era posición largo tiempo sostenible. Asi lo comprendió el Pirata Negro.

—¡Avante, mis valientes! ¡Sus y a ellos!

Quedaron en su cinto colgante el sable de abordaje y enfundadas sus pistolas. Mantenía en alto la pesada hacha de dos filos.

—¡Gros Jean!—gritó al viejo jefe bucanero—. ¡Abre tus fuerzas hacia los lados! ¡Los míos, avante!

El primer choque entre las fuerzas a pie que ascendían y los piratas de Lezama que tras él corrían hacia los asaltantes, fué de un feroz ímpetu arrollador.

El hacha de doble filo volteaba en molinetes raudos segando cabezas. La acometida del Pirata Negro envalentonó a sus hombres, que en saltos audaces mezcláronse en estrechos abrazos mortales con los piratas franceses.

El incendio de la cumbre iluminaba el combate, y los bucaneros, embravecidos al ver el progresivo avance de los piratas de Lezama, acudieron por ambos costados.

Los franceses retrocedieron precipitadamente, mientras los artilleros replicaban a las descargas que partían de las dos naves corsarias.



El Pirata Negro tiróse hacia adelante...

Carlos Lezama siguió avanzando impetuosamente, basta que, cortada la retirada de los franceses por el mar, trabóse el combate en la arena de la orilla, que pronto entintóse de sangre, restallando metálicamente los sables entre el fragor de la artillería y la humareda de la pólvora de la mosquetería.

Los bucaneros, sabedores de que no hallarían merced a manos de “Brazo de Hierro” si eran vencidos, batíanse bravamente. Iba el combate inclinándose a favor de las fuerzas de Lezama, cuando arribaron a la playa más lanchas portando un considerable re fuerzo de franceses que atacaron por los flancos.

En el centro de la batalla quedó Carlos Lezama, que incansablemente, alzaba y abatía su hacha... De pronto, un disparo resonó a su espalda. Salvóle de una muerte cierta el inconsciente salto con que un pirata francés lanzábase contra él blandiendo el sable...

Volvióse Lezama y el hacha cayó de sus manos abatida por un violento golpe asestado con una cadena calabrote manejada por

“Brazo de Hierro”. Un bucanero abalanzóse en agónico y sobrehumano esfuerzo sobro el pecho de Héctor Curbec, que, cortando la cadena ya inútil ante la proximidad de Lezama, desenvainó el sable, empujando con la hoja al bucanero, que cayó al suelo.

El Pirata Negro tiróse hacia adelante proyectado en línea recta el brazo armado. Héctor Curbec detuvo la estocada con un seco mandoble, y los dos jefes piratas halláronse separados del resto de los combatientes que luchaban encarnizadamente cuerpo a cuerpo.

“Brazo de Hierro” paró sucesivamente cinco furiosas estocadas que con todo vigor le dirigió Lezama. El francés combatía fríamente y sus grises ojos no pestañeaban mientras trataba de encontrar el punto débil de la guardia enemiga.

De pronto entró en acción su garfio y con diestra prontitud abatióse sobre la hoja del sable, enemigo, quebrándola.

Carlos Lezama tuvo apenas tiempo de dar un salto atrás, evitando por milímetros la estocada de Curbec. Retrocedió un paso más, parando el aluvión de tajos con su puñal…

El garfio avanzó buscando el flanco del desarmado Lezama, que saltó de costado ante la nueva amenaza.

Un grito de alarma de Poissard avisó a “Brazo de Hierro”.

—¡Retirada!—vociferaba Poissard, señalando a su jefe hacia atrás.

Los artilleros de Lezama emplazaban sus piezas a veinte metros de los combatientes y con gritos de aviso lograron que los bucaneros y los restantes piratas amigos corrieran velozmente a parapetarse tras ellos.

“Brazo de Hierro” percibió el peligro y abandonó la lucha. La primera descarga rasante barrió a los franceses, que en retaguardia intentaban huir hacia las lanchas.

Carlos Lezama, arrastrándose por el suelo, maldijo y bendijo a sus artilleros: los maldecía porque no le permitían perseguir a “Brazo de Hierro” pero les bendecía porque con su audaz intervención habían inclinado el combato a su favor.

Las baterías de a bordo abrieron fuego contra las piezas de la playa. Un duelo artillero se entabló… Algunas de las lanchas, alcanzadas por los disparos, hundíanse con sus cargas humanas.

“Brazo de Hierro”, tan pronto como pisó cubierta, ordenó largar

velas y abandonar aquel paraje, que estaba convirtiéndose en desfavorable posición para sus fuerzas.

Vomitando metralla por popa, el bergantín alejóse a toda vela. El palo de mesana abatióse sobre cubierta, cortado de raigón por una última andanada de los artilleros de la playa.

La otra andanada no alcanzó al bergantín, y los proyectiles trazaron una inútil estela a popa de las dos naves que huían.

Dió el Pirata Negro la voz de alto el fuego. Y si bien el incendio seguía crepitando en la cumbre de los acantilados, los bucaneros supervivientes aclamaron entusiásticamente a los piratas artilleros, mientras las dos naves artilleras perdíanse en lontananza.

CAPITULO VIII

Vence la mujer

Al amanecer de su frustrado ataque al islote de los Cuervos, Héctor Curbec mandó arriar velas y poner al pairo el bergantín. El velero bretón le imitó.

El islote que había resistido el ataque combinado de las dos naves era un minúsculo punto en el horizonte. Los tripulantes del bergantín procedieron a reparar los destrozos que la artillería había causado en sus velas y estructura.

“Brazo de Hierro” paseóse arriba y abajo del puente de mando. Junto a él, y respetando su silencio, Poissard, su segundo, acompasaba su andar a larga zancada del mutilado.

—El galeón está ahí, Poissard. Y hay que llegar hasta el paso de las Angustias. Tuvimos el triunfo cercano, si no llega a intervenir la artillería tan inoportunamente. Y casi tenía vencido al pirata español. Estoy seguro de que vencerlo a él era derrotarlos a todos. Porque sin el arrojo de ese maldito español, bucaneros y artilleros se habrían acobardado. Si lograra hallar un medio de matar al Pirata Negro, el islote y el galeón no tardarían en caer en mi poder.

—Si me permites, jefe, yo creo poderte proponer un medio — dijo en voz temerosa el segundo.

—¿Tú?—inquirió Curbec, deteniéndose y mirando con desprecio a su lugarteniente—. Lo que yo no he podido aún planear, ¿cómo vas tú a pensarlo siquiera?

—Tu categoría es tan infinitamente superior aduló servilmente Poissard, que conocía la flaqueza de su jefe por las alabanzas que no puedes estar al corriente de las murmuraciones y los comentarios con que entretienen su holganza los hombres bajo tu mando... y bajo el mando de la bretona.

—¿Qué tiene ella que ver con lo que me preocupa? No me hagas perder el tiempo, Poissard. O ¡pardiez! que te juro que entablarás contacto con mi zurda.

—Ella es, jefe, quien puede atraer con fuerza de imán al Pirata Negro.

Héctor Curbec miró repentinamente intrigado a su segundo.

—¿Qué frívola quimera fraguas, belitre?—interrogó, ceñudo.

—Los bretones comentan, señor, que ella está enamorada perdidamente del español.

Esta revelación fué un duro golpe para el amor propio del francés. No amaba ni sentía la menor atracción hacia Jacqueline de Brest, a la que, por el solo hecho de ser mujer, des-I preciaba hondamente. Pero había imaginado que ella sentíase inclinada a favorecerle desde el momento en que ella revolvióse en su defensa contra Lian Thorn.

—¿Qué pruebas posees de que el pretendido enamoramiento no es vana palabrería de imaginativos bretones?

—Ella le salvó en Haití de una muerte cierta. Y cuentan los bretones que el pirata español persigue incansablemente la estela del velero intentando reunirse con ella. Pienso, jefe, que...

—A bordo sólo pienso yo, Poissard. Apártate y cuídate de que estén pronto reparados los destrozos.

Héctor Curbec alejóse hacia su camarote. Instantes después el vigía recibió el aviso de un enlace.

—El jefe manda que agites por tres veces el pabellón rojo cruzándolo con el amarillo.

—Quiere ver la carita hermosa de la corsaria, ¿eh? —rezongó el vigía.

—Calla, deslenguado. Si te oyera... —advirtió el enlace mirando temerosamente hacia abajo desde todo lo alto del mástil.

—He hablado precisamente porque no puede oírme, imbécil. Mis carnes son demasiado blandas para resistir el refilón del garfio.

Los dos pabellones flamearon en el aire y desde su borda Jacqueline de Brest interpretó el mensaje que los banderines de cofia del bergantín le transmitían.

“Brazo de Hierro” quería recibir inmediatamente su visita.

Héctor Curbec, cuando la corsaria entró en su camarote, le indicó el banco frente a él.

—Fracasamos en nuestro primer intento, mujer—dijo con lentitud.

Había meditado largamente las palabras que se disponía a pronunciar.

—Quizá separando nuestras naves y atacando por dos costados a la vez consiguiéramos nuestros propósitos, Curbec. Ten presente que ellos son menos y han quedado diezmados por nuestro primer ataque. Desde mi cubierta observé que el incendio, primero, y nuestra artillería, después, producían muchas muertes entre los bucaneros y entre los hombres del Pirata Negro.

—¿Conoces al español?—preguntó indiferentemente “Brazo de Hierro”, y logró que su sonrisa fuera casi amable.

—Sí. Lo apresé una vez, y por artes de diablo logró evadirse.

—¿Sois, pues, enemigos?

—Irreconciliables. Ha jurado mi muerte, pero pienso ganarle por la mano. Siempre vence la mujer en estas lides.

—Eso dicen los hombres que son débiles de corazón o las mujeres que son excesivamente presuntuosas. Eres bella, corsaria, o, al menos, así lo aseguran. Pero el español no es débil de corazón. Pretenden tus bretones que el Pirata Negro te persigue por doquier y que es lo que llaman un romántico con mal de amores. ¿Qué dices a ello?

—No sé si será cierto. Lo que sí sé es que odio con toda mi alma a ese insolente bravucón que me humilló imperdonablemente en Haití.

—Pactamos fidelidad mutua, mujer. Y creo en tu odio, porque tus ojos han despedido verdaderas luces de rencor al mentar la humillación que sufriste. Y altiva como eres, creo también que no sabes perdonar. ¿Tú puedes suponer que el español sería capaz de acudir donde creyera hallarte sola?

—No lo dudo.

Desde que había entrado en el camarote, Jacqueline de Brest, al oír las primeras palabras del francés, habíase puesto en guardia. Conocía la tortuosa e inhumana mente del mutilado y sabía que éste no vacilaría en matarla si era preciso en cuanto descubriera en ella la menor sombra de engaño.

Y si Jacqueline de Brest era célebre como cortesana en las galantes reuniones del París avezado en lides de astucia, pensaba

ahora que lograría vencer con sus propias armas al pirata francés.

—Difícil es que Carlos Lezama caiga en trampa ninguna, Curbec. Sabe, sin ningún género de dudas, que yo estoy aliada contigo para apoderarme del galeón.

—Dicen que el hombre que ama es ciego a la voz de la razón. Y he planeado algo que podría atraer al español. Ahora bien; necesito de toda tu ayuda. Me reputan insensible —dijo con falacia traicionera “Brazo de Hierro—. Pero te tengo afecto, mujer. 'Si te repugna hacer caer en la trampa a tu adorador, abandonemos el proyecto y ya pensaré otra cosa.

Jacqueline de Brest sonrió y a la vez, crispó sus manos como si atenazara entre sus delicados dedos una garganta imaginaria.

—Quisiera tenerlo frente a mí. Yo misma, Curbec, le demostraría que había llegado el final de sus insolencias. Y si me tienes afecto, yo también lo siento, y profundo, huela ti. ¿No bebimos juntos la pólvora y el vino? Mi fidelidad no es sólo por lo que atañe al galeón... Va más lejos...

El pálido semblante de “Brazo de Hierro” se coloreó ligeramente. Su amor propio, único sentimiento que poseía, vislumbraba la posibilidad de añadir a su renombre como pirata un nuevo lustre como galán, que, venciendo la fama de inconquistable de la corsaria, propagara por todo el Caribe que él, Héctor Curbec, era tan invencible en lances de amor como en lides de guerra.

—Hablaremos con tiempo de lo que acabas de confesarme, mujer. Por el instante, lo que apremia, es atar a mi mástil al español. Escucha, he pensado lo siguiente...

* * *

El sol reverberó de lleno sobre la lancha que a fuerza de remos acercábase al paso de las Angustias.

Contenía sólo dos tripulantes: el que remaba y otro que, en pie, agitaba con denuedo un lienzo blanco atado al extremo de un palo que sujetaba con las dos manos tendidas hacia lo alto.

Vestían ambos ocupantes de la lancha el multicolor atuendo de los corsarios bretones.

Carlos Lezama sonrió burlón desde la playa.

—Siempre creí que nadie me ganaba a desfachatez, pero me equivoqué dijo en voz alta—. ¡Eh, abajo los lanzafuegos! No di orden alguna de fuego. Bien veo que son piratas bretones y que no

merecen ser tratados como a parlamentarios, pero deseo oír qué peregrina leyenda vienen a contarme.

Avanzó hasta el borde donde la arena no festoneaba en encajes de espuma. Desenvainó el sable, manteniéndolo con la corva punta hacia abajo, con lo que daba a entender a los dos bretones que reconocía su vida salva como a parlamentarios.

Los dos piratas saltaron de la lancha, empujándola hasta que su carena encalló en la playa.

—¿Eres tu el Pirata Negro? —preguntó uno de ellos.

—Vosotros, ¿quiénes sois?

Kerdouel es mi compañero; Goffie soy yo.

—Valor no os falta. Agitando un sucio camisón remendado creéis hacerme olvidar que anoche sembrasteis la muerte entre mis hombres.

—Jacqueline nos ha enviado a ti, señor, liemos debido ocultarnos del bergantín de Curbec. Yo soy el hombro de confianza de ella.

—Tu semblante no habla muy a favor de tu elección. Pero no debo parar mientes en ello, porque también mi hombre de confianza tiene por rostro muchos costurones superpuestos. ¿Y qué quiere de mí el hombre de confianza de ella?

—Curbec recela de su propia sombra, y pretende que el fracaso de nuestro ataque de anoche es debido a que ella te avisó.

—¿Que ella me…?—y el Pirata Negro estalló en burlona carcajada—. ¿Y qué más?

Sin desconcertarse, Goffie, preparado ya por la corsaria a cuantas actitudes podía prever en el hombre a quien aborrecía y amaba por igual, continuó recitando su lección.

—Tienes un largavista, señor. Puedes divisar el bergantín. Enfoca tu lente sobre cubierta y mira el mástil mayor.

Carlos Lezama enfocó su largavista al punto señalado. El poderoso lente agrandó la figura de Jacqueline de Brest, nimbada por los rayos del sol, que ponían de relieve sus negros cabellos desparramados sobre los hombros y su busto erguido…, pero atado contra la base del mástil central del bergantín.

Carlos Lezama sintió latir su corazón a impulsos de la irrefrenable pasión que la sola presencia lejana y difuminada de la corsaria revivía en su fuero interno.

Pero sus labios ostentaban una burlona sonrisa.

—Ya. Veo que la corsaria está atada. Espero que Curbec no habrá apretado demasiado los nudos de las cuerdas...

—Ella presintió lo que iba a suceder y nos mandó para rogarte que acudieras a salvarla.

—¡Torpes sois, bellacos!... El que guarda silencio, porque pone una cara tristona que produce irrisión, y tú, Goffie hablador, porque me has recitado una sarta de embustes confundiéndome con un crédulo sacristán de aldea. ¿En tan poco aprecio tiene ella mi inteligencia? ¿Creía acaso que iba a lanzarme nadando hasta el bergantín para entregarme a Curbec, cayendo en tan burda trampa planeada entre los dos? Termine la farsa, y no os mato, mulos que sois, porque quiero que le digáis a ella que el galeón está a mis espaldas. Y que si tanto quiere verme, aquí en la playa aguardo. Andad prestos a vuestra lancha, antes de que la punta de mi sable os tiente las costillas.

Los dos bretones apresuráronse a correr hacia su lancha, que botaron con impulso en el que los músculos eran acuciados por un vivo deseo de alejarse de la playa.

Carlos Lezama dió media vuelta y, pasando tras una de las baterías diseminadas por todo el perímetro del islote, entró en la choza rudimentaria que le había sido rápidamente construida y desde la que avizoraba todo el círculo marítimo que rodeaba el roquizo islote de los Cuervos.

Un cachorrillo de leopardo jugueteaba con varios borlones que pendían de la mesa a cuya pata estaba atado.

—El oro a todos nos convierte en fieras, gatito. Ella, refinada y, culta, cae en la más burda de las maquinaciones, cegada por la codicia. Y suponía groseramente que el amor que no ignora que supo encender en mi pecho, me lanzaría a su trampa. Nunca te enamores, gatito. Es juego peligroso.

* * *

Jacqueline de Brest continuaba atada, mientras Héctor Curbec escuchaba el relato que Goffie hacía de su parlamentaria misión,

—...y se burló, Jacqueline. Adivinó que era una trampa.

—Largaos los dos a vuestro velero. De bretones, no quiero más que el velero.

La voz aguda de Curbec imprimió a los dos bretones una veloz

actividad. Asaltaron la borda del bergantín, descendieron aceleradamente por el costado hasta caer en su lancha y, remando reciamente, alejáronse hacia el velero.

Jacqueline de Brest trató de encogerse de hombros, pero Héctor Curbec, cuando se dignaba atar a alguien, aunque fuera como en la presente ocasión para servir una farsa, lo hacía esmeradamente.

—No vendrá, Curbec. Puedes desatarme.

—Queda todavía un recurso, mujer. Sufriremos ambos, pero es necesario. Yo sufriré por tener que azotarte, y tú sufrirás algunos golpes. Quizá así empiece a creer el Pirata Negro que donde yo estoy no todo es farsa.

—Pero... ¿no pensaras hacer lo que dices?.. — gritó ella, repentinamente alarmada—. Además, sería inútil. Él no lo vería y tu látigo sólo serviría para producirme una tortura innecesaria.

Héctor Curbec asió de un cercano armero un flexible mango del que pendía una larga correa engrasada.

—Cada correazo que surque tu debilidad, mujer, herirá también mi cuerpo. Pero no hay más remedio. Si fuera a la inversa, y yo estuviera atado, aceptaría los latigazos pensando en el galeón y pensando en el pacto de fidelidad.

Jacqueline de Brest comprendió que nada lograría con suplicar. Levantó orgullosamente la cabeza.

—Cuando quieras, Curbec. Poro ni aun así vendrá. Supondrá que tu látigo finge golpear...

—No fingirá...

—Lo sé—dijo ella arrogantemente. —Pero para él será un fingimiento más.

—Procuraré que quede convencido de que corres un serio peligro. Y si le odias como dices, cada latigazo que recibas será para ti un motivo de agradecimiento, porque, si él te ama, acudirá. Y podrás luego desquitarte con él. Permitiré que sacies tu odio, aun antes de hablarle yo. ¡Vigía!

Héctor Curbec desde abajo aplicóse a la boca la diestra que sostenía el látigo, ahuecándola en portavoz y reclinando la nuca mirando hacia la cofa.

—¡Agita a sotavento el banderín negro! ¡Y no ceses de agitarlo hasta que yo te ordene lo contrario!

"Brazo de Hierro” hizo restallar la correa. Jacqueline de Brest

irguió más el busto, pero; sin poderlo evitar, cerró los ojos.

* * *

—Cuando seas mayor, gatito, yo sabré aconsejarte que huyas de las hembras. Los locos somos los que damos mejores consejos.

El cachorro de leopardo, tendido panza arriba y con las cuatro patas reunidas, soportaba con benevolencia la hábil caricia, brutal y a la vez cariñosa, de la nervuda mano de Carlos Lezama. Gruñía de vez en cuando, pero su lenguaje quería dar a comprender que no le disgustaba la zarpa que con tanto tino sabía acertar los lugares de su piel donde más sensible era a las caricias..

La voz del centinela apostado en la puerta de la choza, gritó:

—!Banderines de aviso en la cofia del bergantín!

Carlos Lezama salió y desde el umbral apuntó con su largavistas hacia el bergantín. En sus labios se dibujó una sonrisa semiamarga y burlona, mientras el anteojo le reproducía la imagen de “Brazo de Hierro” asestando latigazos sobre el cuerpo de la corsaria.

—Sigue la farsa, estúpido —murmuró—. ¿Acaso crees, garfiudo, que desconozco cómo se maneja un látigo? Tu pobre mástil es un madero sin percepción y recibe resignadamente los correazos que finges tributar a tu cómplice.

De pronto las morenas manos de Lezama temblaron alrededor del largo tubo óptico. Concentró sus pupilas hasta que el iris se redujo al mínimo.

El desgarrado corpiño del vestido verde jade de amazona que llevaba Jacqueline de Brest ostentaba claramente la huella rojiza de un surco sangriento.

Carlos Lezama tiró impulsivamente al suelo su largavista.

—Estaba escrito que esa mujer había de traerme desgracia. ¡Ven aquí, Gros Jean! Tú quedas dueño y señor de tu maldito islote. Sabes ya lo que tengo dispuesto. Y prepáralo, porque no tardará “Brazo de Hierro" en escupir toda su metralla sobre vosotros.

—¿Dónde vas? —Interrogó al viejo bucanero.

—¡Al infierno! Y procura no seguirme. ¡Adiós!

A medida que Carlos Lezama se dirigía hacia la playa, iba sembrando por el camino sus armas. Quedaron abandonadas sobre la arena sus dos pistolas, el puñal y, por fin, el sable de abordaje, que quedó hincado en el suelo, vibrando al impulso colérico con el que el Pirata Negro lo lanzó contra el suelo.

Al verle dirigirse solo y sin armas remando con poderosas paladas hacia el lejano bergantín, Gros Jean y cuantos en el islote quedaron creyeron en una repentina locura del hombre que les acaudillaba.

La lancha que llevaba como único ocupante al Pirata Negro quedó pronto convertida en un punto minúsculo en la superficie del mar…

CAPITULO IX

El augurio del cuervo

"Brazo de Hierro" contaba despaciosamente.

—...¡Siete!...

El chasquido del látigo resonaba amortiguado. Los tripulantes del bergantín estaban en sus puestos de combate, y Poissard observaba con atención el menor movimiento de la cubierta del velero bretón.

—...¡Ocho!...

Jacqueline de Brest continuaba con los ojos cerrados. Una mueca de dolor crispaba sus bellos rasgos y su entrecejo se fruncía obstinado, porque se había propuesto no gritar ni solicitar piedad del hombre de quien sabía que era despiadado.

Pasó un largo compás de espera y ella abrió los ojos, porque era más angustioso aguardar el zurriagazo que la hería, que los minutos que transcurrían antes de que el látigo se cerniera sobre su cuerpo.

Vio la cruel sonrisa con la que Héctor Curbec miraba hacia el mar, y estremeciéndose mordióse los labios con un dolor que era más agudo por su honda raigambre íntima que cuanto sufrimiento físico habíale causado el quemazón de la recia correa.

Y resolvió seguir fingiendo, porque ya consideraba sus artes de mujer astuta como la única salvación posible para el suicida que iba Temando hacia el bergantín.

Héctor Curbec acercóse a la borda y su garfio astilló la madera, denotando la impaciencia con que aguardaba la llegada del hombre al que consideraba un fenómeno incomprensible.

Había azotado a la corsaria en obscura satisfacción de su complejo instinto de inferioridad ante toda mujer, y nunca creyó más que remotamente y en ínfima porción en el feliz éxito de su

plan, en el que el cebo era Jacqueline de Brest.

—¡Echa nudo, “Brazo de Hierro”! —gritó desde el mar el Pirata Negro, atracando la lancha al costado del bergantín—. Si quieres que las visitas suban a tu cubierta, dales dónde agarrarse.

“Brazo de Hierro” lanzó una escalera de cuerda con la diestra. Encaramóse por ella ágilmente Carlos Lezama, y apenas tocaron sus pies el pasamanos de la balaustrada, cuando en acrobático impulso cruzó el espacio que le separaba del centro de la nave, y en dos saltos fué a caer de pie frente a la corsaria.

—¡Mala ocasión elegiste, Jacqueline, para llamarme en silencio! Mentira o realidad, tu blanca tez tiene besos de fuego.

Acarició con las dos manos los negros cabellos de la corsaria, que intentó mirarle fingiendo odio, porque veía acercarse cautelosamente a “Brazo de Hierro” por la espalda del imprudente español.

—Siempre dije que tu muerte o la mía podrían ser sólo el final de mi amor imposible.

Saltó de lado cuando el garfio de “Brazo de Hierro” cerníase en picotazo sobre su hombro. Asestó con todo su vigor una puñada en pleno rostro del francés, que cayó cuan largo era, chocando violentamente de espaldas contra la cubierta.

—No podía irme al otro mundo sin sentir ese placer postrero, garfiudo —dijo el Pirata Negro, sonriente, mientras observaba cómo varios franceses dirigíanse hacia él ton sijs sables desenvainados—. Venid a levantar a vuestro jefecito, valientes...

—¡Quietos todos!—gritó torvamente “Brazo de Hierro”, poniéndose en pie y restañando con la diestra su sangrante nariz—. Atrás, y a vuestros puestos. Avanza tú solo, Poissard.

—Voz de mujerzuela tienes, garfiudo—le provocó el Pirata Negro, queriendo recibir pronta muerte—. Y mujerzuela eres cuando golpeas a una mujer... ¡Quieto el garfio, que no soy pez para este anzuelo! Necesitarás más hombres que ese Poissard del demonio para inmovilizarme.

“Brazo de Hierro” poseía un temperamento extremadamente curioso, y consideraba el alma humana como un insecto digno de estudio. Detuvo el avance de Poissard con un seco ademán de su garfio.

—Deja al bravucón que charle cuanto quiera —dijo—. Pocas

veces he tenido ocasión de tener ante mí un loco de tal calibre. ¿A qué viniste, imbécil?

—Si te lo explicase, no lo comprenderían dijo Lezama, cruzándose de brazos, tras convencerse que a sus espaldas sólo estaba Jacqueline—. Podría decirte que amo a esa mujer que tu azotabas.

—¿Amas a una perra corsaria? — preguntó despreciativamente el francés, que dió un paso atrás agitando su garfio al ver el intento que Carlos Lezama hizo de abalanzarse hacia él y derribarle.

—Aquiétate, cobarde—siguió provocando Lezama—. No quiero asustarte. Pero creo que éste es tu barco y ésos son tus hombres. Por un instante creí que era yo el dueño del barco. ¿A qué aguardas para mandarme ahorcar?

—Tardarás en colgar todavía, bravucón charlatán. Hay tiempo y has de gritar mucho antes que el infierno te acoja.

—¡Curbec!—exclamó la corsaria—. Quiero hablarte.

Lezama volvió la cabeza al oír la voz de Jacqueline; cinco piratas obedecieron el gesto rápido de Curbec, y el Pirata Negro cayó al suelo bajo el peso inesperado de los cinco corpulentos franceses.

Poissard trabó los pies y las manos del español con anchas correas, y, llevado en vilo, Carlos Lezama ocupó el lugar que instantes antes ocupaba Jacqueline de Brest, la que, desatada por el propio Curbec, hablaba al oído del francés. Y a cada palabra suya, bisbiseada inaudiblemente para Lezama, aumentaba la siniestra sonrisa que había empezado a dibujarse en los estrechos labios de “Brazo de Hierro” apenas ella empezó a hablarle al oído.

—¿Secretos? —interrogó Lezama.

—Dice esa mujer qué ya que has sido tan estúpido de venir a mi bordo, podrás quizá exponer los motivos en qué te basabas para suponer que saldrías con vida de aquí.

—Quizá estoy harto de ser pirata al ver que seres como tú lo son.

—Ella cree que tú la quieres. ¿Es cierto?

—¡Imbécil charla la tuya, garfiudo! Tu nariz tiene más sangre que todas tus venas. Emplea ya tu muñón de medio hombre.

—La perra que tú quieres me ha sugerido cosas muy agradables. Vale ella más que tú y yo juntos, Pirata Negro. Posee una maldad

que me sugestiona, y es bella por malvada — y obscenamente añadió el francés una frase malsonante.

—¿Sonríes aún, Jacqueline, al oír a ese cerdo?—preguntó, incrédulo, Lezama—. ¿Y tú eres la delicada parisina que era ornato de la mejor de las cortes? Puesto que tu cómplice está dispuesto a retardar su entrada en acción, tendré tiempo de recordarte que yo procuro no echar en olvido las palabras del poeta: “¿De mujer? Bien puede ser que mueras de su mordida, pero no manches tu vida diciendo mal de mujer.”

—¡Mirad el lindo poeta! — rió ella groseramente a carcajadas—. ¿Lo oyes, Héctor? Razón tienes, querido, al afirmar que está loco.

Parpadeó Lezama, no por las palabras que acababa de oír, sino por lo que nunca creyó posible. La delicada mujer que era para él compendio de belleza y espiritualidad, rodeaba con su brazo el cuello del francés.

Las sienes del Pirata Negro latieron martilleando dolorosamente la sangre agolpada.

—¡Bravucón presumido!... — gritó ella con desgarrada voz desafiante—. Bien sabías que te odiaba... y no cejabas en perseguirme. Ya, has logrado alcanzarme.

Un cuervo aleteó pesadamente sobre el bergantín, perdida su ruta, y aplicó sus garras en la barra de remate de la verga mayor, buscando reposo antes de anidar en la cercana tierra.

Todos los piratas miraron a lo alto. Lezama señaló con la barbilla al negro pájaro.

—Ahí tienes un augurio, corsaria. Moriré, pero fíjate en los extremos de las alas del pájaro. Lleva tres plumas blancas. Tres muertes. Y yo sólo tengo una vida. ¿Oís su graznido? Está asintiendo a la gran verdad que os digo. ¿No es cierto, amigo cuervo? ¿Cuál de ellos morirá primero después de mí? ¿Ella o él?

En el aire resonó el graznido del cuervo al reemprender su vuelo

—¡Abatidlo, malditos seáis! —aulló Curbec.

Partieron varios disparos, y, perforado el cuervo negro, el cuerpo hundióse en el mar.

—Por matarlo no evitarás el augurio, francés.

Héctor Curbec describió un molinete con el látigo que empuñaba y la corren rodeó los costados del Pirata

Negro con tal fuerza que la sangre salpicó la falda de Jacqueline

de Brest.

—Un recuerdo, corsaria—dijo Lezama entrecortadamente—. Sigue, francés. Tengo sangre para ahogarte en ella.

Héctor Curbec tendió el látigo a Jacqueline.

—Tu turno, mujer—dijo agudamente “Brazo de Hierro”—. No me basta lo que tú has calificado de tortura moral al hablarme al oído. El ya ha visto cómo me amas. Ahora quiero yo ver cómo le odias.

Jacqueline de Brest alzó el látigo y la correa restalló con ímpetu sobro el pecho del Pirata Negro, que, contrayendo las mandíbulas, sonrió salvajemente.

—¡Bravo, corsaria! Tarde es…, pero al fin he comprendido que me odiabas. Otro latigazo más, y quizá olvide el lamento del poeta.

—¡A vuestros puestos todos! gritó inesperadamente Curbec. Ese imbécil nos ha hecho perder ya bastante tiempo. Ahora es el galeón el que nos interesa. A tu barco, mujer.

Jacqueline de Brest, sumisamente, no sólo obedeció, sino que su mano estrechó la diestra del pirata francés en muda despedida, cuya afectuosidad era elocuente en las cariñosas pupilas azules de la mujer que en París era llamada “la inconquistable”.

Partió Jacqueline de Brest, mientras el Pirata Negro, notando que en su garganta formábase un extraño nudo parecido a un sollozo, evitó que se oyera el estertor agónico de su alma lacerada, estallando en estridente carcajada.

—Reirás mejor luego, poeta—amenazó Curbec, dirigiéndose al puente de mando.

—Luego y siempre me reiré de ti, medio hombre. Guarda mi calavera, y que su risa te recuerde que esa mujer lleva en su pabellón una serpiente que supo enroscarse a mi alrededor.

—Pero yo soy de otro temple que el tuyo, loco español.

Y Héctor Curbec condensó con esta frase el principio de admiración que sentía, en medio de su intenso odio, por el hombre que había hecho el sacrificio de su vida por un impulso de romanticismo que a él le resultaba totalmente Incomprensible.

CAPITULO X

La memoria de "Cien Chirlos"

El lugarteniente de Carlos Lezama gustaba de andar de noche y dormir de día. Y puesto que su amo habíale encargado la misión de conservar el velero al pairo en la cala cercana al paso de las Angustias, al amanecer consideró alejado todo peligro y prodigó enérgicas recomendaciones a los seis piratas restantes.

Si alguno de ellos cerraba un solo ojo, “Cien Chirlos” garantizaba que cerrarla el otro hinchado por una puñada.

Y con la conciencia tranquila tumbóse a lo largo de una lona, cubriéndose con ella. Era grata la sensación que se experimentaba durmiendo bajo el velamen impregnado de salobre humedad y entibiado por el sol.

Sus ronquidos atronaban el espacio, mientras los seis piratas andaban melancólicamente por la superficie del velero que se los antojaba excesivamente grande para tan escasa tripulación.

—¿Cómo ronca el cerdo!—dijo uno de ellos, señalando la hinchada lona que envolvía el robusto cuerpo del lugarteniente—. Y dijo “él” que debíamos estar ocultos. Sordos como Tichli habrán de ser los que no oigan esos relinchos.

—Es el segundo de a bordo y puede roncar cuanto se le antoje. Y punto en boca — galleó Juanón, que sentía una gran amistad por el corcusido pirata, con el que le unían estrechos y fraternales lazos desde el día en que ambos comprobaron que pelear a diario era una gran diversión.

Transcurrieron lentamente las horas, hasta que, de pronto, una salva de artillería acalló los ronquidos de “Cien Chirlos”.

La lona se removió, saliendo disparada a lo lejos, y el lugarteniente saltó en pie, con los ojos antes abiertos que cerrada la

boca, aun a medio ronquido.

—¡Ya empezó la fiesta..., y nosotros aquí, por las barbas del viejo bucanero besucón!—gritó “Cien Chirlos”, asestándose una puñada, poco contemplativa en el pecho—. Pero “él” dijo que aquí nos quedáramos, ¿lo habéis oído, bergantes bribones?

Pero los otros seis piratas no podían oírlo porqué el duelo de artillería había empezado.

El bergantín “Brazo de Hierro” cambiaba de rumbo continuamente, mientras todas sus piezas descargaban cerradas andanadas contra el emplazamiento de las baterías instaladas cercanas a los acantilados.

Las aguas eran surcadas por lanchas repletas de franceses que iban en busca del desquite aleccionados por Poissard, quien les había repetido hasta la saciedad que, preso el Pirata Negro, poca resistencia hallarían en. el islote.

“Cien Chirlos” seguía el combate sin verlo, contando los cañonazos.

Un nutrido cañoneo estalló repentinamente al otro lado del islote. El velero bretón abría fuego contra la costa opuesta a la que era atacada por el bergantín.

Poissard saltó a tierra, gritando imprecaciones de ánimo a sus hombres, que le siguieron con roncas exclamaciones de alegre codicia al ver que los bucaneros que guarnecían los flancos del paso donde hallábase ya visible el galeón huían a la desbandada, corriendo a internarse en el monte.

Poissard pareció tener alas en los pies... Sus hombres apenas conseguían darle alcance, mientras el lugarteniente de “Brazo de Hierro” dirigíase a toda velocidad hacia la pasarela tendida desde la orilla al galeón desierto y desmantelado.

Pero la visión tan próxima del ventrudo casco cuyas calas estaban repletas del tesoro de Gayo Santiago, infundió a todos los piratas de Curbec una inusitada celeridad.

Y fué atropellándose mutuamente por llegar antes, como todos se agolparon en la pasarela, cayendo los más al agua. Por la cadena del ancla, por cuerdas lanzadas a lo alto y sostenidas por otros, que habían llegado los primeros, todos ascendieron hasta el galeón. Y un hormiguero humano pareció adueñarse del gran buque.

Los piratas franceses fueron precipitándose por todas las

aberturas al interior de las calas gritando desaforadamente. La cubierta, quedó de nuevo desierta.

Tras un matorral que crecía erguido en la ribera opuesta, un negro hercúleo contemplaba acuclillado el veloz reguero incandescente que iba propagándose por la mecha encendida...

Tichli había comprendido perfectamente la mímica con la que el Pirata negro, tras mostrarle las calas del galeón despojadas de todas sus riquezas, y enseñándole la pólvora y la metralla que rellenaba las estibas vaciadas de las joyas y el tesoro, habíale después ido mostrando la mecha que, partiendo de las calas, llegaba por entre la madera hasta el matorral.

Y Gros Jean había también recibido la instrucción de desguarnecer a la desbandada los flancos del paso de las Angustias tan pronto como los piratas franceses pisasen la arena.

La llamita de la mecha lamió el costado del galeón, desapareció en su interior...

Hacía ya unos instantes que Tichli corría a toda velocidad lejos del desfiladero.

No pudo evitar, sin embargo, que la deflagración que azotó los aires le proyectara hacia adelante, lanzándolo contra el suelo.

Un volcán pareció surgir del fondo del desfiladero, y las lisas paredes reprodujeron en mil ecos la detonan le explosión que destrozó el galeón culpable de tantas muertes.

Nubes de denso humo negro elevábanse, y en ellas mezclábanse los detritus humanos en que se habían convertido Poissard y mis hombres recorriendo ansiosamente las calas dinamitadas en busca del tesoro...

Pedazos de madero flotaron en las aguas arremolinadas del desfiladero. La estrecha faja de agua tintóse de rojo al irse aquietando las olas producidas por la enorme explosión...

Loa bucaneros, envalentonados por la gran merma sufrida por los atacantes, lanzáronse ladera abajo esgrimiendo sus armas...

Los piratas de Lezama combatían con triplicado furor, intentando alcanzar la orilla...

En el islote sonaban por todas partes los disparos y entrechocaban los aceros. Un feroz duelo a muerte habíase entablado entre los que defendían sus vidas y sus riquezas y los que pretendían apoderarse del tesoro que era causa de su ardor

combativo...

* * *

En una de las ocasiones en que el bergantín “Brazo de Hierro” desplazóse para largar una andanada de proa, “Cien Chirlos” lanzó una horrenda exclamación de ira.

Acababa de ver, atada al palo mayor del bergantín, la inconfundible figura de “él”.

¿Por qué inconcebible milagro traidor podía el Pirata Negro haber caído en poder del francés?

Tenía la orden expresa de no abandonar el velero. Pero barco sin capitán, barco hundido...

Y la memoria de “Cien Chirlos” no era flaca para cuantas palabras pronunciaba “él''. Recordó los reproches con que le inundó Carlos Lezama en la bahía de Port-au-Prince[2], cuando consiguió huir el velero bretón.

“—Nos,., nos dijiste, señor—había intentado defenderse lastimosamente “Cien Chirlos”—, que solamente debíamos hundir el barco que viniera por sotavento en la singladura de Agujahonda.”

“—Es cierto; eso dije —había replicado el Pirata Negro—. Pero, ¿ignoráis lo que es tener alguna vez iniciativa, bellacos? Esa palabra no os suena, ¿verdad? bien; pues iniciativa significa montar a caballo y galopar hasta el Pasaje de las Águilas.”

Por lo tanto, “iniciativa”, para “Cien Chirlos”, significaba desde entonces acudir a los puntos más amenazados. Y el, punto más amenazado era el hombre que, siendo para él como un dios, estaba ahora atado al mástil de una nave enemiga que atacaba con todas sus piezas los reductos improvisados del islote.

—¡Iniciativa, bribones! —gritó de pronto “Cien Chirlos”, y tal fué el estruendo de su voz, que los seis piratas a sus órdenes se sobresaltaron—. ¡A tierra, por siete trajes franceses! Y ya está hecho en un “santoyamén”.

Corriendo por la pasarela, el lugarteniente del Pirata Negro abandonó el velero anclado, y, ciegamente, le siguieron los otros corsarios.

“Cien Chirlos” representaba al jefe en su ausencia, y debía ser obedecido sin rechistar.

Los brazos del pirata, repletos de cicatrices, proyectábanse hacia adelante, como si pretendiera abrazar al primero que encontrase.

Poco leal en su forma de combatir, saltó sobre la espalda de un francés que luchaba contra un bucanero...

La boca de “Cien Chirlos” apresó la nuca enemiga, mientras su diestra se elevaba y descendía varias veces hasta que el tinto puñal dejó sin vida al francés.

Rápidamente lo despojó de su traje, revistiéndolo con impacientes ademanes, dificultados por los codazos y puntapiés con que procuraba evitar los ataques que le circundaban.

—¡A mí, los seis! ¡Juanón, con los otros! ¡Seguidme! Abríos paso entre esa turba de peleones franchutes...

Corrió hacia la playa y lanzóse al interior de una lancha, en cuyo costado lucía la insignia de “Brazo de Hierro”. La lancha estuvo a punto de zozobrar al recibir los sucesivos pesos que a saltos le añadieron los seis piratas precedidos de Juanón.

—¡Remad como galeotes, bribones! —aulló “Cien Chirlos”—. Y enmudeced para que ninguno de los del bergantín sepa que no somos franceses. Bastante tiznadas lleváis las jetas. Y sólo os digo una cosa: a bordo, atado en el mástil central, está “él”. ¿Os dais cuenta de lo que digo? ¡“Él”!

Los remos se agitaron a un ritmo loco.

—Sortead las lanchas que se acercan. Son los artilleros que se aprestan a venir a echar una mano a sus compadres de tierra.

La lancha siguió avanzando entre la humareda que envolvía el casco del bergantín.

—¡Iniciativa! — aulló “Cien Chirlos” al ver que otra lancha, al parecer llena de franceses, les adelantaba con rapidez.

Había reconocido en los portadores de los estropeados trajes franceses, sangrientos y tiznados, a una veintena de los piratas de Garlos Lezama.

* * *

Héctor Curbec, desde el puente de mando, observó con sorpresa creciente la densa humareda que, tras una horrísona explosión, elevábase del estrecho desfiladero, donde, como lobos hambrientos, habíanse lanzado Poissard y la mayoría de sus hombres.



Levantaba ya el garfio, dirigiéndolo a los ojos del Pirata Negro...

Atribuyó la explosión a haber sido alcanzada por sus artilleros la Santa Bárbara del velero “Aquilón”, que, según habíale informado Fieffé Coquin, estaba anclado junto al galeón.

Cuando vió surgir de nuevo a los bucaneros, ordenó a los servidores de las baterías que se dirigieran a combatir por escuadras a la playa.

Tardaba en aparecer por las cumbres la fuerza corsaria de la bretona. De vez en cuando, Curbec deslizaba una ojeada hacia el amarrado Pirata Negro, que por su ausente expresión parecía totalmente ajeno al fragoroso combate que en tierra se desarrollaba.

—¡Atrás, vosotros! —gritó Curbec al ver que una lancha conteniendo una veintena de franceses acercábase al costado del bergantín—. ¿Acaso huís? ¡Malhaya sea el día que nacisteis!

Saltó a cubierta, y desde la balaustrada disparó por dos veces sobre los hombres que creía suyos.

Oyó las interjecciones españolas de los heridos por los pistoletazo», y en un relámpago comprendió la añagaza.

Retrocedió velozmente. Si perdía el combate, no lo vería su odiado enemigo. Levantaba ya el garfio dirigiéndolo a los ojos del Pirata Negro, que no le miraba siquiera, cuando una montaña

pareció desplomarse sobre sus espaldas, mientras unos dientes agudos de carnívoro hincábanse en su nuca.

“Cien Chirlos” tomaba la iniciativa...

Pero el hercúleo francés desprendióse con fácil ademán de los cien kilos del lugarteniente, y su garfio abatióse contra el rostro del segundo de Carlos Lezama...

Pero Juanón no podía consentir que la fea carátula de su amigo-enemigo sufriera más mutilaciones, y la hoja de su sable detuvo el garfio.

Sepultado bajo el peso de varios piratas españoles, Héctor Curbec vióse pronto inmovilizado, aunque destrozó en su resistencia el pecho de dos piratas.

Carlos Lezama seguía como alelado e ignorante de Io que a su alrededor sucedía. Sólo un pensamiento ocupaba su mente,

¿Cómo pudo él engañarse tan torpemente y creer en el amor de Jacqueline de Brest? Las correas que le mantenían atado contra el mástil cayeron cortadas a sablazos.

“Cien Chirlos” señaló tímidamente a su jefe la cumbre de la colina, donde en los acantilados aparecían los bretones de la corsaria.

—¿Atacamos, señor? preguntó temeroso—. Allá arriba esta ella...

—¿Ella? ¿Quién, ella? —interrogó en voz queda el Pirata Negro.

De pronto profirió un aullido salvaje al ver a sus pies al encadenado

Héctor Curbec. La tripulación del bergantín que había quedado en reserva había sido pasada a cuchillo por los veintisiete piratas.

—¡A tierra, todos! ¡Carga con ese fardo, “Cien Chirlos”!—gritó Lezama indicando a Héctor Curbec—. ¡Tu pellejo me responde del suyo! ¡Avante y sus a ellos!

Los bretones iban descendiendo por las laderas, y Jacqueline de Brest, en pie, inmóvil en la cumbre de un acantilado, tenía el ceño fruncido, mientras contemplaba las tres lanchas que se acercaban al bergantín.

Al no ver atado en el mástil el cuerpo del Pirata Negro, sus pupilas se velaron por repentina humedad de llanto.

Supuso que Héctor Curbec habría matado al hombre que ella, amándolo como a nadie había amado nunca, tuvo que escarnecer

para engañar al pirata del brazo de hierro, en evitación de que le torturase físicamente con su garfio, mutilándolo.

Y llegarían tarde los cincuenta bretones que ella mandó a atacar el bergantín, calculando para su llegada las postrimerías del combate, cuando los artilleros abandonasen el bergantín y sólo quedasen a bordo escasos tripulantes.

Cerró los párpados, sumida en el más hondo de los abatimientos. Dió por cierto que Carlos Lezama había muerto con la tortura anímica de suponerla odiándole…



La ira acumulada por el Pirata Negro pareció contagiar a todos sus hombres y a los bucaneros, que iban retrocediendo ante la avalancha de los bretones.

Carlos Lezama abría sangrientas brechas entre las filas de bretones, avanzando corajudamente con una sola meta fija en los ojos, que le quemaban.

“Cien Chirlos”, llevando a cuestas el cuerpo atado de Héctor Curbec, alejóse del terreno de combate dando un prudente rodeo, atento sólo a salvaguardar la vida de “Brazo de Hierro”, cuya custodia tanto parecía apreciar el Pirata Negro.

Jacqueline de Brest abrió los ojos cuando una mano fría como el hielo aprisionó su muñeca…

—¡Tú…, Carlos! — gimió, asustada, creyéndose hallar frente a un espectro.

El Pirata Negro interpretó mal su temor. Apretó con más vigor la frágil muñeca, mientras el sudor resbalaba por su rostro, en contraste con la helada mano con que sujetaba a Jacqueline de Brest.

—El augurio del cuervo, corsaria. Las tornas se han cambiado.

Sus ojos encendidos brillaban con mirada cruel…, y Jacqueline cerró de nuevo sus párpados para no llorar, ante todo el desdén y el rencor que leía en las pupilas del hombre que amaba.

Los bretones retirábanse precipitadamente, perseguidos por los piratas de Lezama y los bucaneros supervivientes.

El combate estaba decidido. El islote de los Cuervos pertenecía ya de nuevo a los bucaneros y a los piratas de Carlos Lezama.

CAPÍTULO X I

El implacable castigo

"Cien Chirlos" dejó caer al suelo el pesado cuerpo de Héctor Curbec.

—Amárralos en pie el uno contra el otro, cara fea—dijo sordamente Lezama—. Sí. A ella contra la espalda del garfiudo. ¡Presto!

El lugarteniente, sin delicadeza alguna, procedió a atar a la corsaria, tal como le ordenaba su jefe.

—Abandonaste el velero, malandrín —reprochó en voz monótona el Pirata Negro—. Ojalá sean siempre tus pecados de ese calibre. Concienzudamente efectuada su labor, quedó "Cien Chirlos" sosteniendo por un extremo la cuerda que rodeaba las dos cinturas de la corsaria y el francés,

—Tira de ellos, bergante. Sin temor. ¿No te lo mando? Que el uno arrastre a la otra. ¡Llévatelos! — rugió—. ¿Te ha contagiado Tichli su sordera?

Volvió la cabeza Lezama para no ver desaparecer en tan poco airosa postura a la mujer que, aun odiándola, seguía amando.

Descendió lentamente hasta detenerse frente a unas parihuelas improvisadas, sobre las que Gros Jean, herido, gemía roncamente.

—¿Te alcanzaron, Gros Jean? ¡Bah, heridas de cuerpo pronto sanan!

—Han muerto cincuenta y tres de mis bucaneros.

—Medio tesoro es tuyo, Gros Jean. Oculto está en la caverna alta del bosque de mirtos. Tú y tus hombres sois libres ya y ricos como pocos pueden serlo. Estoy seguro de que los santiagueses acatan mi decisión. Habéis exterminado a los que les mataron. Adiós, Gros Jean. Que seas feliz, si el dinero puede hacer feliz a

alguien.

La mirada del Pirata Negro dirigióse hacia el bergantín que alzaba velas, repletas sus amuras por los bretones encaramados.

—¡A las piezas, artilleros! ¡Malditos seáis si logra el bergantín escapar! ¡La mitad del tesoro está bien oculto y nunca sabréis dónde se halla…, a menos que desmanteléis al bergantín y apreséis a los bretones para que pueda colgarlos de mis jarcias acompañando a su dueña corsaria!

Los bucaneros aportaron su colaboración arrastrando las piezas lejanas. Todos los proyectiles granizaron en copiosa, densa lluvia sobre el bergantín.

Las lanchas francesas fueron ocupadas por bucaneros y piratas.

Al frente de ellos, Carlos Lezama dirigió el último combato. Tras cruenta lucha, limpióse el Pirata Negro la sangre que por una ancha herida en su frente borboteaba sobre su rostro.

Ocho bretones supervivientes, atados codo con codo, y empujados por los puñales de los piratas españoles, abandonaron el bergantín para entrar en las lanchas.

* * *

Héctor Curbec fué atado al mástil central del “Aquilón”. Carlos Lezama, sentado ante él, le miró sin ostentar su habitual sonrisa burlona.

Por el contrario, su ceño fruncido inquietó a “Cien Chirlos”, que nunca había visto de tal semblante a su jefe.

Todas las torturas me parecen dulces cosquillas, “Brazo de Hierro”. No pienso ya en los santiagueses. Pienso sólo en tu compañera, esa mujer que te hace frente detrás de mí.

Jacqueline de Brest, sentada en un sillón contra cuyas abrazaderas estaban atadas sus muñecas, trataba inútilmente de no oír la voz de Carlos Lezama.

—Escúchame, “Brazo de Hierro”. No podría satisfacerme el verte colgar de mis jarcias o el verte gemir bajo hierros candentes. Necesito matarte yo, verte retroceder ante mí… e irte hundiendo lentamente en el infierno.

Carlos Lezama se puso en pie de un salto.

—¡Desátalo, “Cien Chirlos”! ¡Pronto! ¡Dale un puñal! Tan sólo un puñal.

La diestra del Pirata Negro se crispó alrededor del mango de su

propio puñal. Tiró sobre el Sillón que acababa de abandonar sus pistolas y el sable.

—¡Preparad la palanca! — ordenó secamente.

Mientras “Cien Chirlos” procedía con asustado semblante a desatar a Héctor Curbec, otros piratas afianzaban contra la borda un largo madero estrecho tendido hacia el mar y bajo el que las olas lamían el costado del buque.

—¡Sujetadlo fuertemente!

Y, mientras su orden era obedecida, Carlos Lezama subió a la palanca, colocándose a su extremo.

—Aupadlo al otro extremo. Y tras él todo», por si retrocedo, pincharlo con vuestros sables en las posaderas.

Héctor Curbec afianzó sus pies sobre el extremo más favorable por más asentado de la palanca.

Suspendido en el vacío, Carlos Lezama colocó la punta de su puñal sobre su propio corazón.

—Trata de herirme aquí, garfiudo. Y hazlo con tino... ¡Dale ya el puñal, “Cien Chirlos”!

Apenas su mano diestra se cerró alrededor del mango que le acababa de tender “Cien Chirlos”, Héctor Curbec perpetró su primera artimaña de experto luchador de palanca.

Saltó sobre sitio, transmitiendo con todo su peso una fuerte vibración al madero. El cuerpo de Carlos Lezama elevóse en el aire, y el garfio de “Bruzo de Hierro” adelantóse para esperarle en su caída.

El Pirata Negro arqueó la cintura y su pie chocó contra la mandíbula, del francés, que; alcanzado de lleno por la puntera de la bota, vaciló hacia atrás.

Arrodillado, “Cien Chirlos” abusó de su posición e hincó con todas sus fuerzas la punta de su puñal en la pantorrilla del francés. Héctor Curbec no avanzó. Soportó el puñalón estoicamente, porque comprendía que avanzar era quedar a merced del Pirata Negro.

Pero el combate no podía durar largo tiempo, dada la furia febril que atenazaba los músculos de Carlos Lezama.

La ágil contextura de Lezama pareció distenderse como un muelle, y mientras su diestra aprisionaba el muñón de madera para evitar las traidoras acometidas del garfio, su zurda atenazó los hombros del francés, y ambos piratas cayeron abrazados al agua.

La tripulación entera acompañó con un grito unánime la caída de su jefe.

De espaldas al singular combate, Jacqueline de Brest nada pudo ver. Círculos concéntricos señalaban en el agua el lugar donde ambos hombres habían caído.

Las botas de Carlos Lezama se apoyaron sobre el pecho de "Brazo de

Hierro"... Bajo el agua, sus manos tiraron con salvaje fuerza del muñón de madera...

Pasaron dos minutos, y al fin, cuando ya el mar estaba poblado por piñatas que iban zambulléndose uno tras otro al costado del "Aquilón", sobresalió la cabeza de Carlos Lezama, respirando a fondo.

Mantenía abrazado el cuerpo sin sentido de "Brazo de Hierro", en cuyo hombro derecho estaba clavado el garfio de hierro, del que pendía el muñón de madera con las correas que servían para mantenerlo con solidez rodeando el pecho del francés.

—¡Izadlo!

El Pirata Negro volvió a sentarse, chorreando agua, pero esta vez lo hizo frente a Jacqueline de Brest.

Desfógate ya con tu amante, corsaria. Mira qué fea traza tiene. ¿O acaso repugna a tu sensibilidad ese espectáculo? Ahorrad a la dama ese desagradable vistazo. ¡"Cien Chirlos"! ¡Llévate al mutilado a lo alto del acanillado donde más abundan los cuervos! Arrodíllalo sobre tres cadáveres y átalo fuertemente. Que sea cierto el presagio del cuervo de las tres plumas. Y cuando en su carne viva se ceben los cuervos, atraídos por la carroña que le sirva de base, que recuerde Héctor Curbec, alias ex "Brazo de Hierro", que en Cayo Santiago había cinco mil inocentes que nada le habían hecho. Y yo... recordare que él fué acariciado por manos que nunca creí capaces de mancharse más que en sangre, pero no en infectos amores. ¡Desaparece con él, "Cien Chirlos"! Si recuperase el sentido, hablaría, y no sé si su voz de falsete me volvería a encender la sangre.

Carlos Lezama vió como "Brazo de Hierro" era transportado entre Juanón y "Cien Chirlos".

Entonces miró hacia la sentada y muda corsaria bretona.

—¿No piensas alegar nada en tu defensa, corsaria? Tienes ahí a

ocho de tus hombres, que van a ser colgados de mis jarcias. Sólo ellos te.quedan, y pretendían huir a bordo del bergantín. Habla ya, corsaria.

—Nada tengo que decirte—dijo ella despaciosamente, sin mirarle.

—Siempre fuiste altiva, corsaria... ¿Va a faltarte altivez ahora que pronto morirás.

—Cuanto dijera, no lo creerías, Carlos.

—Confianzuda eres, corsaria. ¿Quién te autorizó y en nombre de qué tus labios pronuncian el nombre que mi ignorada madre me puso?

—Me amaste, Carlos. Por todo lo que hoy me odias, recuerda que fuiste siempre galante con las mujeres, y que es impropio de ti insultarme a mí, que voy a morir.

—Galante soy con quien merece que lo sea. Además, observa mis costados. ¿Nada te dice esa raya hinchada? Es de un bello color rojo, el mismo color de la sangre que mancha el borde de tu falda. ¿No supiste azotarme? Pero nada es eso. En mi cuerpo pronto pasan las huellas del sufrimiento. Es aquí... ¿Ves? ¡Aquí! y Carlos Lezama se puso en pie, aprisionando en su diestra crispada la parte izquierda de su pecho—. Y, sin embargo, sólo hay un culpable; yo. Porque puse mi amor, toda mi sed de cariño en una mujer como tu, que no era más que una corsaria que abandonó el único tesoro que para mi existía en el mundo, el tesoro de sus labios, a la caricia de un bestial mutilado, a cambio del tesoro de un galeón

—¡Nunca me besó! ¡Y le odiaba!

—¿También a él? Eres prodiga en tu odio.

—¡Insensato! ¿Tan ciego están que no comprendes que cuanto hice fué para evitar que él lacerase tu rostro? —e inclinó ella la cabeza, mientras las lágrimas fluían de sus ojos, que pretendió ocultar a la mirada de Lezama.

—Ya no hay farsa, corsaria. Tu cómplice está siendo conducido a la cumbre, donde revoletean los cuervos.

—¿Qué farsa puede haber, Carlos? —murmuró ella lentamente — Traté de salvarte, y nunca pensé que acudirías a entregarte para evitarme latigazos que tenía merecidos por haberme aliado con “Brazo de Hierro”.

—Tardía mentira y tardío arrepentimiento, corsaria. ¿Era pura

salvarme para lo que aguardabas en lo alto del acantilado el resultado del ataque de tus bretonas?

—Interroga separadamente a cada uno de esos ocho bretones que capturaste a bordo del bergantín. Escúchales; es mi última súplica. Mátame luego, pero… óyelos primero. Quiero que por sus labios sepas que yo… te amo.

—¿Otro cuento como el de Goffio? Obedeceré tu súplica. Necesito reír…, reír hasta que las lágrimas salten de mis ojos.

Carlos Lezama se puso en pie, estallando en breve carcajada irónica.

—Habla, bretón. Pero, en voz baja. Sólo para mi oído. Dice tu dueña que tú vas a decirme que ella me ama.

—No lo sé. Pero si nos capturaste a bordo del bergantín es porque ella nos ordenó que cuando pasase el primer cuarto de hora del combate cincuenta de nosotros, con lanchas, debíamos libertarte y entregarte a Héctor Curbec.



—¡A la horca! ¡A la horca!

Carlos Lezama fué andando de hombre en hombre hasta que oyó a los ocho bretones.

—¡Arriad la lancha mayor! —ordenó bruscamente—. Meted en ella a la corsaria y sus ocho asesinos. Que se pudran sobre las olas y se encargue otro juez de ahorcarlos. ¡Presto!

Jacqueline de Brest se acercó titubeante a Carlos Lezama.

—¿Me crees, Carlos, si te juro que todo lo hice por tu propio bien? ¿Me crees si te digo que te amo?

—Aligera el paso, corsaria. Finjo creerte, porqué tal es mi deseo. Pero vete ya y que nunca más vuelva a verte.

—Libertad no quiero si he de pagarla al precio de tu desdén.

—¡Cuatro mozos aquí!—gritó Lezama, cubriéndose los oídos con ambas manos—. ¡Asidme delicadamente a la dama y depositadla en la lancha! ¡Fuera con ella y sus ocho bestias guardianes!

Siguió con los oídos cubiertos hasta que, pasados tres minutos, observó como los ocho bretones remaban vigorosamente mar adentro, alejándose del “Aquilón”.

A proa, erguido el busto, Jacqueline de Brest miraba rectamente frente a ella.

—¡Feo hatajo de rostros contemplo!—murmuró con voz enronquecida el Pirata Negro—. ¿Habéis oído alguna vez hablar de Ulises? No lo conocéis, os lo anticipo para que no os escarbéis en vano las meninges. No es ningún tabernero. Fué un navegante que se taponó las orejas con cera para no oír la voz de las sirenas. La peor de las sirenas es aquella que va mar adentro…

EPILOGO

El “Aquilón” abandonaba las aguas del islote de los Cuervos. En lo alto de un acantilado un extraño grupo era pastó de una bandada de cuervos que con horrendos graznidos picoteaban vorazmente.

Tres cadáveres soportaban el cuerpo arrodillado de un hombre que debatíase inútilmente bajo la mordedura de los voraces picos.

En su hombro derecho colgaba un muñón de madera del que pendían unas correas.

Los bucaneros de Gros Jean presenciaron desde lejos el macabro festín, y solamente se acercaron a la cumbre cuando quedaban amontonados un hacinamiento de mondos huesos limpios de toda carne.

Sobre los huesos, un pedazo de madera con correas aparecía hincado por su garfio en una clavícula. El golpe que lo había hincado tuvo tanta fuerza que penetró en el hueso.

* * *

El tamborilero de la plaza francesa de la isla de Guadalupe repiqueteó incesantemente sobre el parche de sus timbales;

—¡Ciudadanos franceses!...¡De orden de su excelencia el gobernador, queda anunciada la ejecución de la corsaria bretona! Morirá en la horca a la hora exacta del mediodía.

El pregón fué clamando por todas las callejuelas de la pequeña ciudad francesa.

Y a las doce menos cuarto, la ciudad entera se apiñaba al paso de una carreta sobre la cual, erguido el busto y con las manos atadas a la espalda, Jacqueline de Brest, con el cabello desparramado sobre los hombros, miraba altivamente frente a sí.

En sus ojos no había arrogancia, aunque el gesto fuera desafiante. Una íntima tristeza sin temor a la cercana muerte

inundaba las azules pupilas de la corsaria bretona.

—¡Tan hermosa y corsaria!—musitó una criolla, santiguándose.

—¡Todos los piratas corrían tras ella! —rió un vejete con mueca de fauno que descubrió sus descarnadas encías.

—Deberían torturarla—dijo una esposa, tomando por testigo a su marido, que apartó rápidamente la vista de la corsaria.

—Lo prohíben las leyes francesas de las colonias, cariño mío — dijo impensadamente. Y al sorprender la colérica mirada de su esposa, añadió, presuroso—: Aunque te juro que si yo fuera el gobernador, perdería el cargo, pero ten por seguro que a esta horrible mujer la descuartizaba.

—¡A la horca! ¡A la horca!—canturreaban los chiquillos, con los dedos alternativamente en sus bocas y en sus narices.

Indiferente a cuanto la rodeaba, Jacqueline de Brest veía desfilar por su imaginación el corto episodio del inicio de sus amores con Carlos Lezama.

Descendió de la carreta empujada por el verdugo. Subió los peldaños del patíbulo edificado en pleno centro de la plaza mayor de la pequeña ciudad.

Un clamor de alegría inconsciente acogió el ademán con el cual, cumpliendo con la parte ritual de la ejecución francesa, el verdugo acercaba las tijeras hacia la abundante mata sedosa de los cabellos de la corsaria.

La mujer que movía en la horca debía presentar un cuello limpio e igualado al de un hombro.

La atención del verdugo sufrió una derivación así como la de todos los asistentes ni macabro acto justiciero.

En la plaza resonó un furioso retumbar de cascos de caballo, y los atemorizados guadelupenses corrieron en todas direcciones.

Una cincuentena de caballos acababa de irrumpir... La escasa guarnición disparó,.. Corvos sables piratas se abatieron despejando la plaza.

El jinete que iba en cabeza, llameando al aire tras él una negra capa prendida del hombro, obligó a su caballo a saltar los peldaños del patíbulo, y el jinete derribó de una puñada en el rostro al verdugo, que asestaba contra él las tijeras enhiestas.

El brazo del jinete vestido de negro enlazó por la cintura a la que iba a ser ahorcada. La sentó en el arzón delante de él y

manteniéndola estrechamente abrazada contra su pecho.

Espoleó los ijares del bruto y el caballo partió a todo galope, saltando con un relincho bravío hacia la carretera de la costa.

Tras la pareja galoparon desenfrenadamente los piratas...

El rapto habla sido tan osado y rápidamente ejecutado, que cuando los guadalupenses recobraron su valor, vieron sólo a lo lejos una nube de polvo alejándose por la costa...

Los jinetes franceses sumaban una veintena. Nadie les reprochó que espoleasen a sus monturas con ademanes poco convincentes, fingiendo querer lanzarse en valiente persecución de los piratas, mientras sujetaban prudentemente las riendas, entorpeciendo el avance de sus caballos.

Llegaron a un punto de la costa, sudorosos, más que por la lenta carrera, por el miedo que experimentaban, al presentir a cada revuelta de la carretera la presencia de los temibles piratas.

Respiraron hondamente cuando sólo hallaron una cincuentena de caballos procedentes de las caballerizas de una granja cercana que pastaban tranquilamente...

A lo lejos, desplegadas todas sus lonas, un navío avanzaba mar adentro. No pudieron leer el cartelón de proa, pero sí vieron ondear un pabellón en el que un aguilucho se cernía. ¿El jefe de la pequeña tropa rebuscó parsimoniosamente en su faltriquera útiles de escribir. Y gallardamente, en briosa postura, empezó a escribir lo que en voz alta iba dictándose a sí mismo:

“En el día de hoy, audaces piratas robaron cincuenta caballos aproximadamente de la granja Marión Duchesne. Son ellos...”

El sargento, que cortejaba a la rica y linda granjera, tosió discretamente.

—¿No creéis, salvo vuestra mejor opinión, que habría que descartar los caballos de Marión Duchesne? Porque...

La discusión se generalizó, mientras ya no era más que un minúsculo aleteo blanco el velamen del “Aquilón”.

* * *

Durante toda la cabalgada, Jacqueline de Brest nada dijo. Limitóse a mantenerse inmóvil entre los brazos de Carlos Lezama.

Creía soñar suspendida en el aire por una áspera soga de cáñamo.

Era bello morir en la horca, ya que tales ensueños deparaba.

Pero la férrea y a la vez dulce opresión del pecho anhelante del Pirata Negro la sumía en el más bello de los éxtasis, porque comprendía, que no soñaba y que era realidad la presencia del hombre que amaba...; y por el que era amada.

Carlos Lezama no pronunció tampoco una sola palabra. Sonreía de nuevo con su característica mueca amablemente irónica.

Su perfil aquilino, sombreado por la ancha ala del sombrero, evitaba inclinarse sobre la adorada cabellera sedosa que rozaba sus labios, y a la que por segundos había librado del corte de las tijeras.

Detuvo al caballo encabritándolo, y cayó en pie, manteniendo contra sí abrazada a Jacqueline. Llevándola en vilo entró en la lancha capitana que aguardaba en la playa y sobre cuyos remos se cerraron las negras manos de Tichli apenas hubo entrado Lezama en la lancha.

Siguieron en silencio los dos hasta que por la escalera de a bordo ascendió el Pirata Negro, siempre abrazando a la corsaria.

Cuando llego a cubierta, soltó el abrazo.

Mudamente asió la mano de Jacqueline, atrayéndola tras sí. Y antes de desaparecer camino de su camarote, ordenó:

—¡Dirige la maniobra, "Cien Chirlos"! ¡Rumbo a ningún sitio! ¡Alta mar!

Ya en el camarote, Jacqueline de Brest dejóse caer sentada en un escabel, mientras con las manos se cubría el rostro.

—¿Por qué hiciste eso, Carlos? — bisbiseó.

—¿Acaso sé yo nunca por qué hago cuanta locura hago? El mar era azul mientras veía tus pupilas. Partió la lancha en que tus bretones remaban y las olas convirtiéronse en grises y sucias... Envié espías. Juanón me informó que en Guadalupe se decía que iba a ser ahorcada una corsaria. Era bella, altiva y francesa. No quise saber más. Y ahora un paraíso infernal

nos aguarda, Jacqueline. Paraíso, porque leo en tus pupilas amor; infierno, porque eres tan culpable como el que fué "Brazo de Hierro"..., y yo, al salvarte, doy, pues, por bien realizados los asesinatos que por tu orden cometieron tus bretones. Que brillen de nuevo tus ojos con luz alegre, Jacqueline. Dos corsarios se aman. Las olas con su tapiz y es techo de la alcoba nupcial el cándido cielo que aboveda el espacio.

Acercóse Lezama a la puerta.

—¡Juanón! ¡Lo mejor de tus infectas cocinas para una dama!

—A la orden, señor.

Juanón dirigióse diligente hacia la cambusa. Tropezóse en el puente de mando con “Cien Chirlos”.

—Van a comer juntos, ¿sabes? Y él tiembla... Nunca tembló.

—Si tiembla, bribón bergante, es porque así le cuadra. Trata tú de no temblar al llevar la fuente de plata más pulida, o te sacudo los huesos...

—Hablaremos de huesos más tarde, cuando termine de servir a la pareja más hermosa que ojos humanos vieron —dijo en un arrebato sentimental el pirata del rostro de angelote carriludo.

“Cien Chirlos” asintió complacido. Aquel demonio de Juanón sabía discernir lo hermoso de lo feo, pensó, acariciándose los montículos carnosos de su semblante.

—¿Me reprochas que te haya rescatado de la muerte, Jacqueline?—preguntó el Pirata Negro.

—No. Hubiera sido muerte horrible para mí pensar que tú pudieras atormentarte creyendo que no te amaba. Pero ahora que sabes que te quiero..., escúchame sin maldecirme, Carlos. Nunca seré tuya porque... tú no eres malvado... Y lo serías si besaras a una mujer que sólo pensaba en oro, sin importarle la sangre que se vertía.

—Te llamas Jacqueline y nunca ha existido una corsaria bretona. Sabré olvidarlo.

—Nunca podrás. Y no puedo brindarte ningún paraíso. No hay miel en mi tez, Carlos. Hiel destilo; la hiel de los familiares de todos aquellos que por mi mandato murieron...

—¡Ten la lengua! ¿Soy, acaso, yo un cordero en cuyo camino sólo ha habido rosas y bellas acciones? Como tú, soy corsario..., y junios podremos olvidarlo. ¡Ah, celeridad en el servicio, Juanón! Bonita perdiz... Pero sería más bonita si no olvidaras golpear en la puerta antes de entrar. ¿Quién te robó los modales que le enseñé, bribón?

—Prisa... prisa en servirte, señor. Perdóname —se corrigió rápidamente. —Prisa en servir a la... la dama francesa.

—No vuelvas sin que te llame, angelote. Y que "Cien Chirlos” mande desplegar todas las velas. Que el “Aquilón” luzca sus mejores habilidades en honor del fausto día en que la sonrisa de unos ojos

azules purifica el ambiente.

Trinchó con su puñal la perdiz, tendiendo a Jacqueline un alón ensartado en el extremo del arma.

—Cubiertos rudimentarios, Jacqueline. No estamos en París. La plata abunda sólo en mi bolsa. ¿No comes?

—No puedo. ¿Vamos a tu castillete de proa? Recuerda que fué allí donde te vi, el día en que tú comprobaste que la dama de la corte francesa era una corsaria bretona.

—Dame la mano, y que siempre sea la mano de Jacqueline de Brest la que repose confiada en la mía. La inmensa profundidad de mi cariño te hará olvidar cuanto debemos olvidar.

La tripulación pirata entonó la mejor de sus canciones cuando en el castillete de proa se perfilaron las dos siluetas enlazadas por la cintura, de la corsaria bretona y el Pirata Negro.

El "Aquilón" cabeceaba alegremente, cortando las olas que levantaban a ambos lados de la afilada carena nubes de blanca espuma.



—Hay una isla, Carlos, una isla perdida, en el Atlántico, donde antaño fui feliz. Porque cuando estuve en ella ora... era aun una mujer sin tacha. Hace de ello tres años.

—¿Qué rumbo?—preguntó lacónicamente el Pirata Negro.

—Nornordeste. En la ruta de Burdeos. ¿Querrás llevarme a ella?

—Todos anhelamos hallar esa isla perdida y deshabitada donde descansar, sin pensar en otra cosa que en las bellezas que aún existen en el mundo. Y allí confío en que, por fin, se celebrará nuestra unión. Mi puñal espera herir el dorso de tu mano y extraer las gotas de tu sangre que, mezcladas con las mías, nos sirvan de bebida que legalice nuestra boda. A la usanza pirata. Mejor boda no puedo ofrecerte. Pero, ¡qué importa! Mi corazón entero te pertenece y siempre te pertenecerá.



La isla se perfilaba recortada en verde contra el denso azul del mar. Gráciles palmeras parecían dar la bienvenida a los dos únicos pasajeros, que desembarcaron en la orilla transportados por una lancha a cuyos remos aferrábase un atlético negro.

—Tu isla, Jacqueline. ¿Fuiste feliz en ella?

—Sí.

—Intenta serlo de nuevo conmigo. Por ocho días viviremos aquí tú y yo solos. Y cuando el mar por las noches entone su canción vertiendo los lamentos de lejanos amantes que no supieron hallarse, siempre será para nosotros renovada felicidad el sabernos el uno del otro.

Avanzaron enlazados hacia el interior. Bajo una frondosa y tupida red de madreselvas tejidas en el aire, entre las copas de un anfiteatro de árboles, Carlos Lezama obligó a sentarse a Jacqueline.

Aplicó su cabeza contra el hombro de ella.

—Hora es ya de que nuestro enlace tenga permanencia de cosa jurada y eterna. ¿Quieres?

Ella asintió en silencio, mientras el Pirata Negro extraía de su cinto el puñal.

Aplicó la punta sobre el dorso de la blanca mano, y pinchó levemente. Sus labios sorbieron la gota de sangre.

Hincó con más dureza la hoja en su atezada mano y Jacqueline besó la herida.

—Nada ni nadie pueden separarnos ya, Jacqueline.

Y Carlos Lezama, asiendo por los hombros a la corsaria, la atrajo hacía sí.

Ella desprendióse dulcemente del abrazo, poniéndose en pie.

—Antes de empezar la nueva vida que me brindas, Carlos, deseo que me concedas un capricho.

—Concedido.

—Déjame por unas horas recorrer a solas la isla que recorrí hace tres años, cuando sólo era conocida como Jacqueline de Brest.

—Si tal es tu deseo, acatado queda. No tardes, porque lejos de ti los segundos son abismos de lentitud sin fondo.

Alejóse ella, y en su mirada había tal dulzura que Carlos Lezama sonrió feliz. El contemplar aquellas pupilas amantes bien valía soportar los escrúpulos de conciencia que a veces le asaltaban y que intentaba desvanecer con mueca burlona.

¿No era también él, al fin y al cabo, un corsario? Y en su generoso amor hallaba excusa y comparábase él, que nunca había cometido la menor felonía, a ella…, la que había incendiado Cayo Santiago.

Desvió el curso de sus pensamientos… Hacía ya tres días con sus

noches que no dormía, siéndole imposible hacerlo a bordo desde que la presencia de Jacqueline, por fin cerca de él, le desvelaba.

Reclinó la cabeza contra el blando césped y... durmióse.

Despertóse bruscamente cuando sintió que los rayos del sol lanzaban ya sus amortiguados resplandores. Púsose en pie de un salto. Hacía ya más de cinco horas que Jacqueline le había dejado.

—¡Buen galán soy! Dormir como un tronco el día de mis bodas. ¿No te avergüenzas, bribón? —reprochóse mientras recorría los alrededores—. ¡Jacqueline! ¡Jacqueline! — fué llamando, sin obtener contestación, —¿Vamos de nuevo a jugar al escondite?— gritó a medida que avanzaba, sin hallar la más lejana respuesta al nombre que repetidamente clamaba estentóreamente.

Llegó hasta una cala reducida, y sus ojos percibieron un pergamino prendido de la corteza de un tronco por un alfiler.

Bajó la vista y en la. arena halló el surco reciente de una carena de lancha.

Rugiendo como animal herido, lanzóse sobre el pergamino.

“Adiós, Carlos. He preparado esta misiva en la soledad de tu camarote cuando tú paseabas impaciente por cubierta. No te mentí. Es cierto que te amo, y es cierto que la isla a la cual nos dirigimos albergó mis sueños de adolescente... ¡Tan lejana es aquella adolescente de la mujer que amas, Carlos!... En una cala a la cual llegarás cuando no pueda responder a tus llamadas, hay un esquife tosco tallado por el capitán del navío mercante que me condujo a esta isla... Era mi padre, y bromeando aseguró que con este esquife cualquier náufrago podría alcanzar la cercana isla habitada de Moissac en dos horas. Sé que tú, caballerosamente, respetarás las dos horas que te pediré. Y en Moissac nadie conoce a la corsaria bretona. Todos conocen solamente a Jacqueline de Brest. ¿Dónde iré? Tan pronto como pise tierra en Moissac zarparé rumbo a Francia o rumbo a las Antillas. No sé. No me sigas. Tu no puedes sacrificar la historia brillante y limpia del Pirata Negro en aras de un amor Imponible. En mis venas habrá gatas de tu sangre y nunca ningún hombre podrá hacerme olvidar al único que he amado... y que eres tú. Está ahincada en mi alma tu imagen, Carlos, en mi alma de antaño, cuando era una adolescente que, mientras su padre construía un tosco esquife, ella correteaba por esa isla... Sigue tu camino, noble señor Lezama, que nació de temple de hidalgo y nadie debe llamar pirata. Y que se desvanezca en la bruma de un recuerdo fugaz la que

desgraciadamente te conoció cuando ya era

"La Corsaria Bretona”

Estrujó Carlos Lezama el pergamino entre sus nervudas manos, que temblaban.

Las negras pupilas del pirata vieron a través de una bruma los apagados tintes del crepúsculo que caía sobre la isla..., “su isla”.

Con brusco achuchón restregó violentamente sus ojos.

—¿Bruma ya del olvido? ¿O bruma del tenaz dolor que ya para siempre habrá de acompañarme? Lo cierto, pirata, es que lloras como un jovenzuelo sensiblero. Que te valga de excusa pensar que no humedece tus ojos el llanto que sobre ti mismo viertes, sino el que es obra de la que un día fué una feliz adolescente... y que ya nunca volverá a serlo.



Los silbidos agudos y estridentes que desde la playa lanzaba el Pirata Negro atrajeron la atención de “Cien Chirlos”.

—¡Condenado negro del demonio!... ¿No oyes que tu amo te llama, carbón de roca?

—Sacúdelo, hombre —reprochó Juanón—. Desde tal distancia su “trímpano” no puede oír el silbido.

Es extraño — musitó “Cien Chirlos”, mientras la lancha alejábase al impulso de las paladas de Tichli—. ¿No dijo que no regresaría a bordo en ocho días?

—“El” hace lo que mejor le cuadra —remedó Juanón.

“Cien Chirlos” deslizó de soslayo una mirada que nada tenía de afectuosa hacia el mozetudo pirata.

—¿Te crees ser gracioso, maldito seas? ¿Qué dijiste antes?

—¿Yo? Nada dije—defendióse Juanón, encrespado.

—Hablaste de un “trímpano” que tiene el piloto cubano. Eso ¿qué es?

—Algo que suena como una campanilla dentro de nuestras orejas.

”Cien Chirlos” preparaba ya una de sus mana zas, no estando dispuesto a tolerar lo que consideraba burla de un “subordinado”, cuando bizqueó en el colmo del estupor.

—¡Agua!—gritó.

Juanón abrió la boca, compartiendo el estupor del lugarteniente. Algo grave debía de ocurrir cuando “Cien Chirlos” pedía aquel

brebaje desconocido y venenoso llamado “agua”. Pero comprendió que era la peor de las imprecaciones, con la que “Cien Chirlos” quería manifestar su extrañeza imponderable.

En la lancha sólo había dos hombres. El negro que remaba y Carlos Lezama sentado a proa.

—¿Y ella?—musitó Juanón, estremeciéndose.

Creía al que era su ídolo incapaz de matar a una mujer. Pero...

—A veces se dan casos de canibalismo, ¿sabes, “Cien Chirlos”?

—Es cierto. A veces... ¡Maldito seas! ¡Si sólo lleva “él” una tarde a solas con ella!

* * *

El Pirata Negro subió a cubierta y fué observando las disimuladas miradas de reojo con las que los tripulantes del “Aquilón” intentaban adivinar su estado de ánimo.

Subió en dos saltos al castillete de proa. Apiñáronse los piratas en la base, con los rostros levantados hacia él, expectantes...

—Sabed, bergantes.que me escucháis, que he vivido una bella leyenda. Ella, la mujer que me acompañaba, no era tal mujer. ¿No habéis oído hablar de espíritus, de impalpables substancias que se evaporan ni contacto con la tierra? Eso era ella. Un espíritu que ha vuelto a su isla y se ha esfumado en la... la bruma de la sombra de una adolescente feliz.

Tosió el Pirata Negro hasta aclararse la garganta.

—Necesito vino, bergantes. Hay mucho mar por delante y muchas otras islas en las que no existen espíritus. ¡“Cien Chirlos”! Cierra la boca, que parece que de pequeño te dieron papillas con un sable. ¡Tú mandas al “Aquilón”! ¡Rumbo a tierra sólida!

No quiero ver islas durante largo tiempo.

—¿Rumbo a dónde, señor?

—Donde veas nuevos costurones para adornar tu pellejo. Y que oiga vuestras voces aguardentosas clamando con frenesí que todos somos unos alegres bandidos... Los alegres piratas del Caribe... ¡Rumbo al continente, hacia Veracruz!

Descendió del castillete y entró rápidamente en su camarote.

El “Aquilón” hinchó sus velas y resonaron las estrofas de la canción Los alegres piratas del Caribe...

A solas con el cachorro, los dedos de Carlos Lezama se perdieron entre el pelaje de la fierecilla.

—Si algún día te duele el corazón, gato, dímelo. Será la mayor prueba del afecto que te voy cobrando el arrancártelo con la punta del puñal que ahora te da de comer. ¿Gruñes? Tienes, pues, sentido musical y te crispa los vellos el oír las desafinadas voces de esos bergantes felices… porque no tienen corazón. Pero también tu eres ya otro pirata más…

El rostro del pirata hundióse entre la felpuda testa del cachorro, que quedóse inmóvil.

Agradecía el contacto de aquel rostro enfebrecido…

FIN



INTRIGAS...
DESAFIOS...
L A N C E S
CABALLERESCOS...

El salvaje credo de los piratas del Caribe, es entonado por los tripulantes del "Aquilón" bajo el pabellón de

El PIRATA NEGRO

que en pos de la venganza escribe con la acerada punta de su espada las más emocionantes páginas de su azarosa existencia.

Lea el próximo episodio:

"CIEN VIDAS POR UNA"

Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona

Notas

[1] Véase *“La bella corsaria”*. < <

[2] Véase *“La bella corsaria”.* < <